

GUERRA Y HEGEMONIA 1939-1943. UN ASPECTO DE LAS  
RELACIONES CHILENO-NORTEAMERICANAS \*

INTRODUCCIÓN

El presente artículo se refiere a la presión ejercida por EE.UU. con el objeto de que Chile rompiera sus relaciones con las potencias del Eje después del ingreso del primero a la Segunda Guerra Mundial. Creemos que la comprensión de ese momento constituye una suerte de pequeño laboratorio para el historiador para estudiar no sólo el carácter de las relaciones y de las respectivas políticas exteriores, sino también para que algo se pueda decir acerca de la naturaleza del sistema interamericano. Dentro de esta temática trataremos con especial énfasis los actores y problemas del crucial año 1942. En lo básico daremos por conocida la historia —en su sentido más lato— de los hechos que culminaron en la ruptura.

Desde luego no somos pioneros en la materia. Las obras de Francis<sup>1</sup>, O'Brien<sup>2</sup> y de Barros Jarpa<sup>3</sup> constituyen aportes de magnitud.

\* Esta investigación ha sido financiada por FONDECYT. Debemos agradecer al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile la gentileza de permitirnos examinar su Archivo, y al personal que nos ha facilitado la tarea. También pudimos obtener material directamente del National Archives de Washington, gracias a su expedito sistema de microfilm. En la recolección de material gozamos del valioso apoyo de Karin Schmutzer, Silvia Castillo y Gabriel Lagos. Asimismo Emilio Meneses nos proporcionó material de fuentes y bibliografía. El manuscrito de este artículo estaba finalizado en diciembre de 1987, y posteriormente sólo hemos agregado algunas pocas referencias bibliográficas. En el momento de corregir las pruebas de imprenta, mayo de 1989, ya hemos acumulado una cantidad adicional impresionante de material, por lo que estas líneas sólo pueden considerarse como esbozo de un libro que debe aparecer en un par de años más.

<sup>1</sup> Michael J. Francis, *The Limits of Hegemony. United States Relations with Argentina and Chile during World War II*, (Notre Dame, Londres, University of Notre Dame Press, 1977).

<sup>2</sup> Anthony Francis O'Brien, *The Politics of Dependency: A Case Study of Dependency. Chile 1938-1945*, (Notre Dame, Diss., 1977).

<sup>3</sup> Ernesto Barros Jarpa, "Historia para olvidar. Ruptura con el Eje (1942-1943)", en Neville Blanc, ed., *Homenaje al Profesor Guillermo Feliú Cruz*, (Santiago, Andrés Bello, 1973), pp. 31-96.

Pero mientras que los dos primeros trabajos subrayan la perspectiva norteamericana, el caso del chileno constituye una defensa de su actuación, escrita 30 años después de los acontecimientos. Se trata de una defensa persuasiva, y que contiene elementos de juicio muy valiosos para el historiador, pero sin duda insuficiente para una comprensión cabal de la política chilena. El trabajo de Francis constituye una obra maciza que estudia comparativamente a Chile y Argentina. El de O'Brien es una tesis doctoral que se desarrolla como "test" a la teoría de la dependencia; como tal es sumamente interesante y sus conclusiones deben ser incorporadas a la mirada del historiador, pero no intenta abrirse a la totalidad de los factores envueltos. Barros Jarpa, por último, ofrece un artículo sólido en defensa de su desempeño, de considerable extensión, aunque por cierto mucho menos detallado. Mientras los norteamericanos incluyen un —somero— análisis del proceso de toma de decisión en Chile y de la actitud de la clase política, Barros Jarpa lo analiza fundamentalmente a nivel de Gobierno. Los tres hacen uso de la publicación de documentos confidenciales del Gobierno norteamericano; Francis y O'Brien examinaron tanto los *Foreign Relation of the United States*, como los documentos del "National Archives"; Barros Jarpa emplea sólo los primeros, bastante ricos por lo demás. Los tres hacen uso, modestamente, de la prensa y de otro tipo de fuentes chilenas.

En nuestro caso hemos incluido además una revisión —todavía no del todo exhaustiva— de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Además, esperamos hacer uso intensivo de la prensa, insustituible para un estudio de cultura política, así como un análisis del lenguaje político a través de una amplia gama de fuentes, pero en primer lugar por medio de los documentos parlamentarios. Por último, la información económica de tipo estadística ha sido publicada en diversas partes. Aunque en algunos aspectos (v. gr., deuda externa) es difícil de reconstruir careciendo de conocimientos estadísticos sofisticados, con todo permite obtener una idea acerca del panorama y del grado de "dependencia" de la economía chilena con EE.UU.

#### ANTECEDENTES INMEDIATOS; PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y GRAN DEPRESIÓN

La guerra de 1914 ofrecía una primera experiencia. Naturalmente que en ese entonces la reacción de Chile —de neutralidad— estaba inserta tanto en sus tradiciones históricas y en su legalismo, como en las circunstancias propias a la situación del Cono Sur americano y de las

presiones de la época<sup>4</sup>. Así, cuando evocamos este problema nos referimos esencialmente al tipo de relaciones históricas, que recientemente han sido calificadas como las de "una amistad esquiva"<sup>5</sup>, en cuanto a que los vínculos interestatales entre Chile y EE.UU. han sufrido siempre de alguna dificultad y, cada cierto tiempo, de alguna tensión. Paradójicamente (quizás), EE.UU. ha sido considerado —explícita o tácitamente— como un paradigma de sistema político y, con menos consenso, como organización económica. En el primer tercio del siglo XX la penetración económica norteamericana encontró escasa resistencia entre la clase política chilena, aunque surgiría una crítica cultural al respecto, muy propia del mundo latinoamericano.

También la guerra acelera un proceso que estaba en ciernes, esto es, el reemplazo de la hegemonía económica inglesa por la norteamericana, sobre todo como fuente de financiamiento y de inversión externas<sup>6</sup>. La Gran Depresión no haría sino destacar nítidamente los problemas que arrojaron estas oportunidades. Mientras el mundo cayó en un proteccionismo, las estrategias de superación de la crisis, cuando las hubo, emergieron de la constitución de bloques económicos excluyentes, relativamente cerrados<sup>7</sup>. En el caso norteamericano el proteccionismo constituyó un factor agravante de la crisis, que afectó con singular dureza a América Latina, a Chile con especial ensañamiento<sup>8</sup>. Lentamente Washington intentaría superar esta situación con una política más o menos sistemática de reapertura, en la que destacaron los acuerdos de comercio recíproco, uno de los cuales se discutiría durante toda la década para el caso chileno. En otras palabras, la aproximación económica de EE.UU. a Chile en los años 30 se vinculaba a sus intentos

<sup>4</sup> Ricardo Couyoumdjian, "En torno a la neutralidad de Chile durante la Primera Guerra Mundial", en Walter Sánchez, Teresa Pereira, eds., *150 Años de Política Exterior Chilena*, (Santiago, Universitaria, 1977), pp. 180-205. Sobre política exterior chilena, su legalismo, y su conformación a través de la historia, Lawrence Littwin, *An Integrated View of Chilean Foreign Policy* (New York University, Diss., 1967).

<sup>5</sup> Heraldo Muñoz, Carlos Portales, *Una Amistad Esquiva. Las Relaciones de Chile con Estados Unidos*, (Santiago, Pehuén, 1987).

<sup>6</sup> Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la Postguerra 1914-1921*, (Santiago, Andrés Bello, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1986). También Paul W. Drake, "La Misión Kemmerer a Chile: consejeros norteamericanos, estabilización y endeudamiento, 1925-1932", en *Cuadernos de Historia*, 4, julio 1984, pp. 31-60.

<sup>7</sup> Charles P. Kindleberger, *La Crisis Económica 1929-1939* (Barcelona, Editorial Crítica, 1983), pp. 205-238.

<sup>8</sup> P. T. Ellsworth, *Chile. An Economy in Transition* (New York, The Macmillan Press, 1945), esp. pp. 3-22.

—de credibilidad vulnerable, dada la tarifa Smoot-Hawley— de liberalizar el comercio internacional.

En parte relacionado con esta situación, en parte como un proceso que tenía su propia dinámica decisoria, emerge la política del "Buen Vecino", que se asocia a la administración del segundo Roosevelt, a partir de 1933. Esta nueva actitud, que antecedió a fines de la década anterior, removió muchos obstáculos para la cooperación política entre EE.UU. y América Latina, y se le acredita un logro significativo en allanar el camino para la posterior cooperación —y entusiasta admiración por el mismo Roosevelt— durante la guerra<sup>9</sup>. Chile no escaparía a esta dinámica, que también significaría una intervención más madura de los gobiernos latinoamericanos en la escena continental. En las sucesivas conferencias panamericanas de Montevideo en 1933, Buenos Aires en 1936 (a la que asistió el propio Roosevelt) y Lima en 1938, EE.UU. se asociaría a un rechazo explícito al intervencionismo, y se sentarían las bases para una cooperación estratégica en caso de conflicto extracontinental.

A la vez, en el caso chileno emerge de las ruinas de la Gran Depresión una restauración del sistema democrático, a partir del comienzo del segundo gobierno de Arturo Alessandri, a fines de 1932. Las relaciones interestatales en el período gozaron de uno de los no muy numerosos períodos de calma y ausencia de todo género de tensiones. Las fuentes, de ambas partes, muestran que el tipo de relación y los problemas planteados consistieron fundamentalmente en la recomposición de los flujos de bienes y capitales: el tratado de comercio y los problemas de deuda externa. Pero aunque Washington observó atentamente las renegociaciones de Chile con los acreedores privados, no se dio propiamente una relación interestatal<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> La política del "Buen Vecino" ha sido sometida a los más variados juicios. Clásico es un libro algo confuso, pero de amplia información y consideraciones interesantes, Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, (New York, 1961). Un análisis crítico de la política está en David Green, *The Containment of Latin American. A History of the Myths and Realities of the Good Neighbor Policy* (Chicago, Quadrangle Books, 1971). Sobre los aspectos económicos de la política, Dick Steward, *Trade and Hemisphere. The Good Neighbor Policy and Reciprocal Trade* (Columbia, University of Missouri Press, 1976); y Frederick C. Adams, *Economic Diplomacy. The Export-Import Bank and American Foreign Policy, 1934-1939* (University of Missouri Press, 1976). Un estudio más reciente y revelador sobre la política del "Buen Vecino", en Irwein F. Gellman, *Good Neighbor Policy - United States Policy in Latin America, 1933-1945* (Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1979).

<sup>10</sup> Francis, op. cit., pp. 7-23.

En cambio sí que hubo un despuntar nuevo en las preocupaciones norteamericanas hacia Chile, aunque por ahora muy tenue. El desarrollo político interno inquietaría a Washington, aunque todavía concentrado en las consecuencias que ello podía tener para los intereses económicos de ciudadanos norteamericanos. Esta situación se conecta con la instalación en el sistema político y en la cultura política chilenos de una izquierda marxista con un verdadero status de subcultura<sup>11</sup>. Parte de la autoidentificación de esta izquierda emanará de una crítica al "imperialismo", esto es, a la sombra hegemónica de EE.UU. sobre América Latina. De todas maneras, este antinorteamericanismo sería relativo, ya que la consideración en el interior de la mentalidad colectiva de EE.UU. como paradigma de lo moderno no estaría ausente de la izquierda<sup>12</sup>.

Finalmente, hacia fines de la década, en el albor del conflicto europeo en 1939, nada indicaba una posible disonancia entre Chile y EE.UU. En la esfera económica el gobierno del Frente Popular (cuyo advenimiento en 1938 no provocó mayor alarma en Washington) confiaba en la ayuda de EE.UU. tanto para los planes de la CORFO como para la reconstrucción de las zonas asoladas por el terremoto de Chillán. Esto último implicó además la suspensión de los pagos de la deuda externa y del rescate de bonos de la misma<sup>13</sup>. Aunque muchas veces

<sup>11</sup> Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952* (Urbana, Chicago, Londres, University of Chicago Press, 1978). También Boris Yopo, *El Partido Socialista Chileno y Estados Unidos: 1933-1946* (Santiago, Flacso, Docto. N° 224, 1984); y Alfredo Riquelme, *Visión de Estados Unidos en el Partido Comunista Chileno, I. La "Era Roosevelt": 1935-1945* (Santiago, Flacso, Docto. N° 239, 1985).

<sup>12</sup> Joaquín Fernandois, *Chile y el Mundo, 1970-1973. La Política Exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el Sistema Internacional* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), p. 256 s. Existe en estos años treinta y cuarenta una literatura ensayística acerca de EE.UU., que quizás convendría tematizar como objeto de análisis. Entre ellos Joaquín Edwards Bello, *El Nacionalismo Continental* (Santiago, Ediciones Ercilla, 1935); Enrique Molina, *Páginas de un Diario. Viaje a los Estados Unidos de Norteamérica, abril-junio de 1940* (Santiago, Nascimento, 1940); Benjamín Subercaseaux, *Retorno de USA. Nueva York Spring 1943* (Santiago, Zig-Zag, 1943); Arturo Aldunate Phillips, *Estados Unidos. Gran Aventura del Hombre* (Santiago, Nascimento, 1943).

<sup>13</sup> O'Brien, *op. cit.*, pp. 173-188. Sobre las fuentes de financiamiento, Markos J. Mamalakis, *An Analysis of the Financial Investment Activities of the Chilean Development Corporation: 1939-1964* (The University of Wisconsin, Milwaukee, Center for Latin American Studies, 1969). Es importante hacer notar que en sus planes de industrialización, el Gobierno chileno proyectó una política más o menos desconfiada a las inversiones autónomas del capital extranjero. Al respecto las instrucciones del Canciller Cristóbal Sáenz al delegado chileno a las conversa-

hubo desacuerdos, todo indicaba en lo formal (pero no carente de sustancia) una negociación entre iguales, entre los que por añadidura existe un consenso básico. En las conferencias panamericanas de Buenos Aires y de Lima la actitud chilena sólo había tenido una singularidad en cuanto a ser fiel a las posiciones chilenas en relación a la tradición exterior de Chile<sup>14</sup>. Ocasionalmente funcionarios chilenos plantearían la posibilidad de una cooperación estratégico-militar con EE.UU., lo que incluiría una fortificación de la Isla de Pascua. Sin embargo, en esta posición chilena siempre leemos primordialmente una preocupación por el equilibrio en el Cono Sur, perspectiva que nunca dejaría de lado la diplomacia chilena, y que hay que tener en cuenta para entender al menos parte de cada uno de los actos y posiciones de Santiago<sup>15</sup>.

Por último, Chile en estos años intentaría iniciar un estrechamiento de relaciones entre sus Fuerzas Armadas y las de EE.UU., principalmente por medio de la compra de material de guerra. Debido a la escasez de divisas y a algunas reticencias norteamericanas el asunto se arrastraría bastante. La Fuerza Aérea de Chile (FACH) ya había comprado algunos aviones, pero nada significativo; la marina deseaba construir dos cruceros, y adquirir material avanzado<sup>16</sup>. Pero a medida que se

---

ciones económicas en Washington, Carlos Campbell, 15 de mayo de 1940, en *Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile* (a continuación cit. como ARREE), vol. 1823.

<sup>14</sup> Por ejemplo, cfr. Memorándum con instrucciones (preparadas por Enrique Bernstein), para la delegación chilena a Lima, ARREE, vol. 1657.

<sup>15</sup> De la Embajada en Santiago al Departamento de Estado (Duggan). Memorándum del Encargado de Negocios Wesley Frost acerca de su conversación con el Subsecretario de Relaciones chileno, De la Maza, estando también presente Enrique Bernstein, el 26 de julio de 1939; en *National Archives* (a continuación citado como NA 711.25/92). De la Maza insiste en que la cooperación sólo debe extenderse al campo político, ya que se prefieren las relaciones económicas con Alemania que serían más convenientes para Chile. También el chileno afirma que Alemania habría ofrecido la venta de dos cruceros para la Armada de Chile. En general se trata de un documento digno de reproducirse, pero éste no es el lugar para hacerlo. Sobre este mismo problema, cfr. el cable de Frost a Hull, del 19 de julio de 1939 en donde se refiere a otro mensaje "estrictamente confidencial" del 1º de julio, en el cual también se hablaba de la posibilidad de fortificar la Isla de Pascua, en *Foreign Relations of the United States* (a continuación FRUS), 1939, V, p. 464s. Entonces esta idea acerca de Pascua no fue mero producto de una conversación casual.

<sup>16</sup> ARREE, vol. 1657. También Francis, op. cit., pp. 27-32. Por otro lado ya en junio de 1939 el Congreso norteamericano había autorizado al Presidente para vender equipo militar a las "Repúblicas americanas"; FRUS, 1939, V, p. 29, 29 de junio de 1939. Tb. c/r, Emilio Meneses, *El Factor Naval en las Relaciones de Chile y Estados Unidos: 1881-1951*, por aparecer en el curso de 1988; por gentileza del Prof. Meneses tuvimos acceso al manuscrito respectivo.

desarrollaba el conflicto en Europa y EE.UU. comenzaba a rearmarse, ello se volvía más dificultoso.

En resumidas cuentas, nada anunciaba una nube tormentosa en las relaciones interestatales para un futuro cercano. Pero justamente esta situación especial, en donde ambos gobiernos estaban cooperando dentro del naciente sistema interamericano, contribuiría a una mutua falsa percepción en torno a la reacción en caso de que un país americano se viese envuelto en un conflicto extracontinental.

#### GUERRA Y NEUTRALIDAD CONTINENTAL

Producida la guerra en Europa, Chile proclama su neutralidad por medio del decreto respectivo. En esta actitud no había debate posible. Por tradición y por el aire del momento era el único curso de acción posible. En el Mensaje de 1940 el Presidente Pedro Aguirre Cerda definiría el objetivo chileno de sostener "una vigilante neutralidad y... sistemática y honorable política de mantenimiento de la paz, del vigor de nuestra independencia económica y de la obligada preparación de postguerra". Lenguaje de hálito jurídico arropado en una retórica muy típica, pero muy característica de una situación como ésta. Pero creemos adivinar en Chile un uso más intenso de este lenguaje jurídico, dada su posición de país interesado en un statu quo geopolítico. Este lenguaje esquivo a las manifestaciones ideológicas acentuaba en el discurso oficial la neutralidad como doctrina. Al "espíritu bélico de Europa —dice Aguirre Cerda— y sin perjuicio de nuestras sinceras simpatías en su desgracia, responderemos con una cordial solidaridad americana, que acaso sirva a la misma Europa para su tranquilidad futura"<sup>17</sup>.

Esta neutralidad chilena se había inscrito dentro de una actitud similar del resto de los Estados americanos. La Conferencia de Panamá, convocada urgentemente para tratar el desencadenamiento de la guerra en Europa, entre el 23 de septiembre y el 2 de octubre de 1939, había proclamado oficialmente la neutralidad continental. El lenguaje contiene expresiones vacuas (pero coherentes con el sentido del discurso diplomático) sobre interamericanismo, sin expresar algún juicio de valor sobre los acontecimientos europeos. Su único acuerdo significativo fue proclamar una "zona de neutralidad" de 300 millas alrededor de las costas del continente. Pues bien, Chile, por una parte, creyó cumplir

<sup>17</sup> *La Nación*, 22 de mayo de 1940.

a cabalidad con lo que las circunstancias le imponían (con la advertencia a EE.UU. de que su marina no tenía la capacidad de patrullar efectivamente las 300 millas correspondientes). Y Washington quedó convencido de que las reservas chilenas para una cooperación eran inexistentes, ya que así le fue comunicado por el gobierno chileno<sup>18</sup>. Esto era efectivamente así en ese momento, pero sólo que la dinámica de los acontecimientos los separaría irremediamente. Mas todavía faltaba para ello.

Existe un elemento de juicio indispensable de tener presente para entender la época: los EE.UU. permanecían neutrales y permanecieron como tales mientras no fueron atacados, y el grueso de su opinión pública tendía hacia un aislacionismo o al menos a una neutralidad que ayudase desde la distancia a Inglaterra (y a la URSS a partir de junio de 1941)<sup>19</sup>. Eso era lo que observaban los actores políticos chilenos y no dejarían de señalarlo en 1942. Como parte de esta política, en todo este período, y cada vez más intensamente hacia 1941, Washington intentaría configurar una coalición estratégica con los Estados continentales con el objeto de enfrentar la guerra en alineamiento contra el Eje, ya sea ante el problema de la posible "Quinta Columna", todo un tema de la época (en gran medida exageradísimo), o tomando las medidas económicas y militares que pudiesen prever una confrontación militar<sup>20</sup>. En otras palabras, también con la región Washington llevaba la misma política —como es demasiado obvio— que tenía ante su propia opinión pública y ante el Eje. Esto implicaba empujar al país a ayudar a Inglaterra, a participar de esta manera en la guerra, por ahora con

---

<sup>18</sup> De Wesley Frost a Hull, 4 de octubre de 1939, *FRUS*, 1939, V, p. 37s. Ante los ataques a la posición de EE.UU. en América Latina, sobre todo en relación al conflicto europeo, de parte del Frente Popular, el Canciller se distancia clara y rotundamente afirmando que provenían de "intrigas de Moscú". Ello era rigurosamente anotado por los norteamericanos. Telegrama de Bowers al Departamento de Estado, 29 de abril de 1940, *NA*, 711.25/98, file N° 812.6363/6809.

<sup>19</sup> Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945* (Oxford, New York, Toronto, Melbourne, Oxford University Press, 1981), pp. 144-313.

<sup>20</sup> Para las conversaciones entre Bowers y el Canciller junto a delegaciones militares de ambos países en torno a la vigilancia marítima en Punta Arenas así como para la represión del espionaje ya en agosto de 1940, cfr. *FRUS*, 1941, VI, pp. 552-554. Las memorias de Claude G. Bowers, *Misión en Chile, 1939-1953* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1957), esp. pp. 68-82, constituyen una elocuente demostración de esta "espiomanía", a pesar de que el Embajador norteamericano era mucho menos exaltado que sus colegas en Washington. La personalidad de Bowers y su permanencia en Chile merecerían un pequeño estudio.

apoyo material al no poder intervenir militarmente debido a una opinión pública todavía reticente. Tampoco nadie ponía en duda en América Latina que *ésta* era la política de Roosevelt, mas también nada indicaba que la orientación chilena pudiese encontrar algún reparo en Washington. En Santiago, sólo en boca del Canciller Juan Bautista Rossetti, ya hacia septiembre de 1941, se podían encontrar algunas expresiones que combinaban el tradicional homenaje a la "solidaridad americana" con un enjuiciamiento ideológico del conflicto, que en el caso de agresión por parte de una fuerza "extracontinental" obligarían a Chile a "participar en la defensa con la serena e irrevocable decisión"<sup>21</sup>. Frase ciertamente aislada en boca de personeros oficiales, y que los propios norteamericanos sabían bien que no era del todo representativa<sup>22</sup>. Pero la personalidad desbordante y entusiasta de Juan Bautista Rossetti ayudaría a transmitir al ambiente oficial de Washington ya en esta época una idea de que Chile seguiría más o menos entusiastamente las aguas norteamericanas ante las circunstancias que se avecinaban.

Naturalmente no debemos olvidar que Chile tenía una larga tradición de buenas relaciones con Italia y, sobre todo, con Alemania, distantes pero no enturbiadas con Japón. No podía haber un entusiasmo ni gubernativo ni siquiera de opinión pública por un rápido alineamiento antigermano, al menos en 1939 y 1940. Sólo con España las relaciones estuvieron temporalmente interrumpidas; en este contexto ello muestra algún interés, ya que en la documentación norteamericana no se pone en duda de que España es parte del "Eje"<sup>23</sup>.

Así, la Conferencia de La Habana (21 al 30 de julio de 1940) no presentó ninguna ocasión de disonancia por parte de Chile, cuyos delegados mantuvieron una posición discreta<sup>24</sup>. La Conferencia cerró un capítulo abierto en Lima en 1938, que inicia una transformación del sistema interamericano de ser una instancia de arreglo pacífico de

<sup>21</sup> *FRUS*, 1941, VI, p. 555, en cable de Hull a Bowers pidiéndole que transmita sus agradecimientos a Rossetti por el discurso; *ibid.*

<sup>22</sup> De Bowers a Welles, 6 de julio de 1940, en donde se comenta que Rossetti no participaría en la Conferencia de La Habana, lo que resultaba mejor, pues era demasiado entusiasta. "I am glad Rossetti is out. Like J. Ham Lewis he is always brilliant but often a brilliant damn fool, and such men are not comfortable in negotiations"; en *NA*, 711.25/104.

<sup>23</sup> Cfr. Paul W. Drake, "Chile", en Mark Falcoff y Frederick B. Pike, eds., *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives* (Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1982), esp. pp. 273-282.

<sup>24</sup> Francis, *op. cit.*, p. 26.

cuestiones mutuas a convertirse en un sistema de defensa frente a los acontecimientos europeos<sup>25</sup>. Se acordó el principio de la "no transferencia" (de colonias entre Estados europeos) y una Declaración de Asistencia Recíproca entre los Estados americanos si intervenía una potencia extracontinental, que llamaba vagamente a una cooperación y a consultas. Pero su tono comprometía más decididamente al continente en el alineamiento universal provocado por la Segunda Guerra Mundial.

Durante 1941 la situación en lo básico permaneció inalterada. EE.UU. iba cada vez más enérgicamente tomando un papel destacado en el conflicto, y empujaba al continente en una dirección de alineamiento. Asimismo, junto con ir solicitando colaboración militar a Chile, en el estacionamiento de puntos de observación o de misiones de entrenamiento, por ejemplo<sup>26</sup>, también constituía un frente económico. Esto último lo trataremos después. Por ahora sólo basta hacer notar que esta suerte de coordinación económica correspondía asimismo a la respuesta inevitable y lógica de un continente privado, como producto de la guerra, de las fuentes normales de financiamiento y vinculación económica. Aun manteniendo el continente una posición neutral se hubiera probablemente producido esta situación. De ahí que las negociaciones con Chile para participar en el sistema de "Préstamos y Arriendos" comenzaran ya en marzo de 1941, con la intención de suministrar por los tres años siguientes una ayuda a Chile de aproximadamente 50 millones de dólares. Pero también estas negociaciones contenían instancias en donde se acordaría un trato especial a los suministros de cobre, problema discutidísimo, que aquí apenas podemos rozar<sup>27</sup>. Por lo demás, también EE.UU. estaba interesado en los suministros de cobre, y a su manera tenía algún lazo de dependencia con lo que decidieran los chilenos.

#### PEARL HARBOR Y RÍO DE JANEIRO

La simpatía de la opinión pública norteamericana con Inglaterra (en menor medida, con la URSS), y la política de Roosevelt de apoyo

<sup>25</sup> Gellman, *op. cit.*, pp. 93-104; también Gordon Connell-Smith, *El Sistema Interamericano* (México, Fondo de Cultura Económica, 1971), pp. 133-149.

<sup>26</sup> Cfr. n. 20. También Francis, *op. cit.*, pp. 36-42; O'Brien, *op. cit.*, pp. 219-235.

<sup>27</sup> FRUS, 1941, VI, pp. 578-609.

decidido a Londres, así como su curso de colisión con Tokio, se transformó en una apasionada participación plena en el conflicto mundial como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbor. La guerra es enfrentada por la sociedad norteamericana con apasionamiento y rigorismo ético, de modo que una actitud de neutralidad de algún actor continental llegaba a ser considerada como una suerte de traición o de colusión con las fuerzas demoníacas y "totalitarias" (como con exclusión de cualquier otra se consideraría a las fuerzas del Eje). La propia actitud de la opinión pública norteamericana hasta ese momento sería rápidamente olvidada en un desdoblamiento de conciencia (o de "memoria selectiva") nada de extraño en estas circunstancias, por lo demás. Con un estado de ánimo como éste, la posición chilena (y, sobre todo, la argentina) no podía aparecer sino como una aberración<sup>28</sup>. Esto se ve magnificado, creemos, porque en Washington se tuvo la impresión, al comienzo (ca. enero-mayo 1942), de que el atraso chileno en alinearse sólo se debía a un problema sucesorio. Efectivamente, Pedro Aguirre Cerda había muerto en noviembre de 1941, las elecciones para escoger a su sucesor se llevaría a cabo sólo el 1º de febrero de 1942, y el ganador asumiría el 2 de abril siguiente.

También la perplejidad ante la sorpresa de Pearl Harbor le daría crédito a los temores de una incursión japonesa en la costa americana del Pacífico. La misma tarde del 7 de diciembre, mientras en la Casa Blanca pululaban altos funcionarios de Gobierno y del Congreso, y mientras llegaban noticias cada vez más negras desde Hawái, Roosevelt tiene tiempo de acercarse a Hull y señalarle que se debe comunicar con los Estados de América Latina y solicitar su cooperación<sup>29</sup>. Mas también la situación operaba a la inversa. Esa tarde el Embajador Rodolfo Michels se acercaba al Departamento de Estado para expresar el apoyo chileno. "El Gobierno de los Estados Unidos puede estar seguro de que se han tomado todas las precauciones para asegurar la producción y envío de materiales estratégicos"<sup>30</sup>. Ciertamente ésa era la posición chilena y lo seguiría siendo durante 1942. Pero ¿cómo lo podían leer los norteamericanos? No de otra manera sino como una

<sup>28</sup> Existe una vasta literatura sobre el caso argentino. Entre ella se puede recomendar algo fácilmente accesible, C. A. Macdonald, "The Politics of Intervention: The United States and Argentina, 1941-1946", en *Journal of Latin American Studies*, 12, 2, 1980, pp. 365-396.

<sup>29</sup> Gordon Prange, *At Dawn We Slept. The Untold History of Pearl Harbor* (New York, Penguin Books, 1982), p. 556.

<sup>30</sup> Memorándum de la conversación de Bursley con Michels, 7 de diciembre de 1941, en NA, 711.25/115.

declaración de principios para seguir las aguas de Washington en la política continental.

Más todavía, se tomaría esta impresión ante la actuación inicial del Ministro Rossetti en la Conferencia de Río de Janeiro (15 al 28 de enero de 1942), convocada precisamente por iniciativa (calurosamente celebrada en Washington) del mismo Rossetti, en quien Bowers creía ver a alguien empeñado "en complacernos de cualquier manera en Río"<sup>31</sup>. Efectivamente, el desempeño de Juan Bautista Rossetti en la Conferencia de Río llevó a los norteamericanos a un engaño, al creer que Chile seguiría rápidamente las aguas de Washington. Sumner Welles le comunicó a Hull que Rossetti "le había informado (que) a él (al mismo Rossetti) se le había comunicado de parte de su Gobierno de que Chile estaba preparado para romper todas sus relaciones con el Eje sin mayores dilaciones"<sup>32</sup>. Existen versiones contradictorias acerca de la actitud del Canciller chileno<sup>33</sup>, pero no cabe duda de que la percepción de los norteamericanos (o de Welles solamente) los llevaría a hacerse ilusiones primero, y después a una cada vez mayor indignación por la reluctancia chilena a romper sus relaciones con el Eje.

El asunto es que después vendrían instrucciones precisas de Santiago para que no se votara una "resolución" de ruptura que atara de manos al futuro gobierno chileno. Al no poder impulsar esa "resolución", EE.UU. aceptó con bastante desilusión que la Conferencia emitiera una "recomendación" de ruptura, que tendía a favorecer a Chile y Argentina, los únicos países que todavía mantenían relaciones diplomáticas y consulares con el Eje. Fue el primer tropiezo, y luego se desencadenarían una serie de roces que conducirían a una virtual confrontación.

<sup>31</sup> De Bowers a Hull, 30 de diciembre de 1941, en *FRUS*, 1942, V, pp. 6-8.

<sup>32</sup> De Welles a Hull, 25 de enero de 1942, en *FRUS*, V, p. 40.

<sup>33</sup> Barros Jarpa, *op. cit.*, pp. 39-49. También Rossetti habría informado al Embajador de Inglaterra que aunque en Río deseaba solidarizarse con los países americanos, Chile debía cuidar por su seguridad que apareciera en peligro ante los avances del Eje; de Orde al Foreign Office, 6 de enero de 1942, *cit.*, c/r. Emilio Meneses, *Copping with Decline: Chilean Foreign Policy During the Twentieth Century, 1902-1972* (Oxford: Diss., 1988), p. 216. También c/r. el testimonio de un entonces joven diplomático chileno, Enrique Bernstein, *Recuerdos de un Diplomático. Haciendo Camino 1933-1957* (Santiago: Andrés Bello, 1984), pp. 64-80. El propio Tobías Barros confirmaría sus impresiones de entonces 45 años después en sus memorias, en donde reproduce algunos de sus telegramas despachados en Berlín, y que hemos revisado en el Archivo de la Cancillería; *Recogiendo los Pasos. Testigo Militar y Político del Siglo XX* (Santiago: Planeta, 1988), pp. 416-430.

Que EE.UU. adoptara esta actitud aparece como un acto de lógica implacable. No hay nada más comprensible que en su área de hegemonía haya recurrido, en un instante de confrontación bélica planetaria, a una política de alineación continental. Pero el asunto es, ¿por qué Chile resistió? En Río se dieron dos tipos de explicaciones. Por una parte se aludía al problema sucesorio; por la otra se hablaba de las "extensas e indefensas" costas chilenas, lo que aparecía relativamente creíble debido al avasallador avance japonés en el Pacífico<sup>34</sup>. Mas también en el curso de 1942, y hasta el 20 de enero de 1943, día de la ruptura, se dieron diversas y hasta contradictorias justificaciones. ¿Quiso Chile ser consecuente con su tradición? ¿Habría temor de un triunfo del Eje? ¿Había simpatías por el Eje? ¿Fue una prueba de fuerza entre dos "lobby" en el interior de la clase política, o del mismo Gobierno? ¿Fue la personalidad de Barros Jarpa? ¿O sencillamente fue la presión irresistible que ejerció Washington?

En realidad, nuestra tesis, que aquí apenas hacemos algo más que enunciar, afirma que algunas de las consideraciones arriba enumeradas desempeñaron un papel en el proceso que llevaría a la ruptura, pero en una extraña síntesis. Más bien lo que se dio fue un proceso de convencimiento y autoconvencimiento acerca de la verdadera circunstancia que se desarrollaba. Se trataría, entonces, de un problema de mentalidad de grupo —de la clase política— que se interpone y se nutre a la vez con uno de relación interestatal, en donde uno de los actores ocupa una posición hegemónica. Actores y problemas de este intrincado juego deberán ser presentados a continuación, antes de volver a enunciar de manera más acabada el núcleo de nuestra tesis.

#### EL PRESIDENTE Y EL CANCELLER: LA POLÍTICA OFICIAL CHILENA

La cultura política chilena nunca se ha caracterizado por destacar un interés en los problemas internacionales como objeto de intenso debate en las contiendas electorales internas. La campaña de 1942, en medio del huracán bélico, no fue una excepción. Si bien Carlos Ibáñez favorecía la neutralidad, y Juan Antonio Ríos saludaba a sus partidarios con la "V" de la victoria, nada indica que el problema de la ruptura v/s. neutralidad tuviera algún papel. Por lo demás, una gran parte de la clase política consideraba que Chile había dado explícito apoyo a

<sup>34</sup> Todo tipo de justificaciones puede verse en *FRUS*, 1942, V, pp. 6-40.

los aliados. En realidad, de acuerdo a lo tratado en las conferencias interamericanas desde 1938 en adelante, Chile otorgó rápidamente el status de "no beligerante" a EE.UU., lo que le permitía a éste evadir las restricciones que tocaban a los neutrales en su trato con Chile. En cambio Alemania no podía gozar de semejante garantía (por lo demás, no tenía el dominio del mar con qué conseguirla).

Al asumir Ríos, el 2 de abril, el país aparecía a sus ojos muy claramente al lado de los aliados. Pero, a la vez, nada parecía más lejos de la política oficial que una ruptura y, más todavía, una participación bélica contra el Eje. El lenguaje con que se manifestaba no correspondía sino a uno tradicional en la retórica diplomática chilena (y, para estos casos, mundial en los tiempos modernos). Al hablar al cuerpo diplomático el 6 de abril, Ríos destacará que "anhelamos mantener nuestras vinculaciones amistosas con todos los Estados... (ligado a la)... conciencia de nuestras obligaciones. Miembros de la familia continental, nos sabemos y nos sentimos solidarios de su misión y de su sino. Sin renunciar a nuestra individualidad soberana, seguiremos buscando, como lo hemos hecho hasta ahora, los métodos y procedimientos de cooperación que permiten dar a nuestro dinamismo fraterno un sentido de realidad y un contenido de eficacia"<sup>35</sup>. Prototipo de un lenguaje vacuo. Pero también es un medio de fuerza y de ambigüedad indispensable en el mundo diplomático, sobre todo para un país pequeño que danza junto al explosivo volcán. También son palabras que contienen elementos de continuidad y de expresión de la política de neutralidad chilena.

Más explícito en esta última dirección son las palabras de Ríos con ocasión de la lectura de su Mensaje anual poco después: "Nuestra política internacional corresponde a la tradición y representa el leal cumplimiento de los deberes de solidaridad continental. Hasta ahora hemos llegado a otorgar el estatuto de "no beligerante" a los Estados americanos que se han visto arrastrados al conflicto bélico. El territorio y las aguas jurisdiccionales de la República no podrán ser utilizados ni directa ni indirectamente para el ejercicio de las actividades de cualquier orden que perjudiquen el patrimonio moral o material de cualquier país americano". También dice que el Presidente "ejercerá sus privativas facultades constitucionales"<sup>36</sup>. El corazón de este lenguaje coincide naturalmente con las instrucciones que ha dado a su Canciller,

<sup>35</sup> *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile* (a continuación citada como *MMRE*), 1942.

<sup>36</sup> "El Mercurio", 22 de mayo de 1942.

Ernesto Barros Jarpa, de que Chile mantendría la neutralidad hasta que se produjeran "hechos nuevos" que justificaran la ruptura<sup>37</sup>. Ese corazón semántico afirmaba que Chile *ya* cumplía con los acuerdos de Río y que sus simpatías estaban con la causa aliada, pero que la doctrina chilena de política exterior ordenaba no innovar en materia de relaciones, salvo una violación de la neutralidad chilena como base de una agresión contra un país americano. Así se dejaba una puerta abierta, pero condicionada específicamente a esa violación.

Ríos había llegado al poder sobre los hombros de una amplia coalición de centro-izquierda, de modo que no se le podían suponer —dentro de la retórica política corriente— simpatías por el Eje. Por otro lado, según algunas versiones, temía un triunfo alemán, algo que en 1942 no podía aparecer disparatado<sup>38</sup>. Pero en 1942 se encuentran escasos rastros de que consideraciones de esta clase hayan tenido algún efecto decisivo en la determinación de la actitud chilena.

El caso de Ernesto Barros Jarpa (n. 1894) merece párrafo aparte. Su fuerte personalidad, inteligencia rápida y serena, su dominio del derecho internacional, su posición política liberal, sus condiciones de conocedor de la política y de los "negocios" norteamericanos, y la autoridad que fluía de su persona hacían de él el candidato ideal para un desempeño prolongado, tenaz y exitoso en el cargo. Por otro lado, por sus vinculaciones económicas parece demasiado como el prototipo del representante de una "elite-cliente", dependiente y beneficiaria de la expansión capitalista<sup>39</sup>. A corta edad, en los años 20, había desempeñado el mismo cargo, y después —hasta su muerte en 1977— permanecería como una figura pública de categoría, desde luego como un especialista en derecho internacional siempre consultado por la Cancillería. Los norteamericanos sólo podían estar entusiasmados con él.

Sin embargo, su actuación sería efímera y rodeada de una fuerte controversia. En los periódicos norteamericanos de la época aparece repetidamente como "pro-german", calificación inverosímil, pero que haría de él —y no de la política de Ríos— el objeto de la disputa. También dentro del país quienes estaban por la ruptura, pero a la vez no podían o no querían atacar a Ríos, concentraban sus fuegos sobre el Canciller. Ya antes de su nombramiento Barros Jarpa había mani-

<sup>37</sup> Barros Jarpa, *op. cit.*, p. 32.

<sup>38</sup> Cfr. Florencio Durán Bernal, *El Partido Radical* (Santiago, Nascimento, 1958), pp. 338-351. Al menos el Embajador en Alemania, Tobías Barros, le transmitió esta impresión. c/r. ARREE, vol. 2091.

<sup>39</sup> Cfr. Francis, *op. cit.*, p. 100; en referencia a la "teoría de la dependencia".

festado su opinión a favor de la neutralidad<sup>40</sup>, pero sus antecedentes ligados a empresas norteamericanas hicieron que todos los que estaban fuera del Gabinete esperasen de él una política de ruptura. Mas sus instrucciones diplomáticas fueron inequívocas desde un primer momento. Aunque no cerraba las puertas a una ruptura en caso de algún incidente grave, en principio consideró que no era necesario innovar. Después de una sesión del Senado en que se apoyó la política del Gobierno casi unánimemente, con la oposición sólo de los senadores comunistas —cuando ya arreciaba la presión de EE.UU. y los partidarios internos de la ruptura hacían sentir su voz—, en junio, el poder legislativo se colocó detrás de la declaración gubernativa redactada por Barros Jarpa: "El Gobierno se mantiene fiel a sus compromisos de solidaridad continental y, conforme a esa política, acentuará su actitud de vigilancia y represión de actividades que se realicen dentro de su territorio o de sus aguas jurisdiccionales, y que puedan perjudicar a un país americano. El advenimiento de hechos nuevos que afecten a nuestro país puede modificar nuestra actual situación. Los ataques a nuestra navegación, al Canal de Panamá o a las costas o navegación comercial en el Océano Pacífico desde Panamá hasta el extremo sur del continente americano, constituyen hechos que afectan los intereses de la República"<sup>41</sup>. Esta sería la máxima del discurso oficial mientras duró la cancillería de Barros Jarpa, hasta octubre de 1942. Esta declaración, calurosamente saludada por muchos, aparecía para sus partidarios casi como una actitud de enfrentamiento con el Eje, aunque fuera absolutamente insuficiente para EE.UU. Mas allí estaba la posición chilena: ruptura sólo ante "hechos nuevos".

Después de esta declaración, el lenguaje del Canciller puede ser leído en las instrucciones que envía a las misiones en el extranjero. Con audacia (quizás inconsciente) aconseja asimilar la actitud chilena a la norteamericana de antes de Pearl Harbor, ya que EE.UU. habría "sentado el principio según el cual no es indispensable romper relaciones diplomáticas con un país para prestar amplia cooperación a los

---

<sup>40</sup> Cfr. nota 37. Para el pensamiento de Barros Jarpa ante el conflicto, y antes de ser nombrado Canciller, en donde destaca su juridicismo, Ernesto Barros Jarpa, *Nuevos aspectos del orden internacional, especialmente en América* (Santiago, Instituto Chileno de Estudios Internacionales, 1941). Pero también públicamente había manifestado que defender a EE.UU. era "defender nuestra propia causa, nuestro patrimonio espiritual y material", "La Nación", 11 de diciembre de 1941.

<sup>41</sup> "El Mercurio", 26 de junio de 1942.

que se encuentran en guerra con él". Después el Canciller efectúa una declaración de principios que creeríamos propia de un mitin "anti-imperialista", si no proviniera de una Circular Confidencial N<sup>o</sup> 4, del 9 de julio de 1942: "Si presiones económicas o políticas de los países poderosos son aceptadas para arrastrar a los países pequeños a la guerra, el fundamento del panamericanismo —que es el respeto a la soberanía de cada uno de los Estados que lo integran— desaparece. Al exigirlo para nuestra actitud, estamos defendiendo el derecho de los pueblos americanos para determinar sus propios destinos". Y para terminar, una consideración de tipo pragmático, al menos a los ojos del decidido Canciller, quien dice que lo que se rehúsa "es la adopción de actitudes sin significado práctico para la cooperación, que nos crean gravísimos problemas de seguridad sin estar preparados para afrontarlos y respecto de los cuales nos consideramos con pleno derecho para adoptar resoluciones soberanamente"<sup>42</sup>. La posición es impecable; la exposición, clarísima; en sus consecuencias para el futuro, clarividente. Y, sin embargo, desde nuestra perspectiva parece flotar un aire de irrealidad en los planteamientos de Barros Jarpa.

Si nos inclináramos por desconfiar del autor podríamos decir que esta circular no la hemos hallado (hasta el momento) en el Archivo de la Cancillería. Mas en su intercambio con el Embajador Michels, que hemos examinado, aparece prácticamente el mismo lenguaje perentorio, claro y lógico con la tradición chilena, interiorizada tanto por el funcionario encargado de su ejecución, como por una figura pública y tratadista internacional como Barros Jarpa. "No tenemos dudas —dice el Canciller al Embajador Michels— que siguiendo la posición que hemos adoptado podremos vernos confrontados con la ruptura de relaciones, pero como US. muy bien lo sabe esa ruptura se haría sin presiones extrañas y resguardando en absoluto nuestra libre determinación. Observamos en este momento diversas iniciativas coincidentes en Washington y en Santiago para obligarnos a forzar la ruptura. US. debe desaconsejar tales intentos contraproducentes. El gobierno de los Estados Unidos debe tener confianza en el sincero espíritu de cooperación que anima al Presidente de la República; y es como una prueba de tal confianza que hemos apreciado la honrosa invitación del Presidente Roosevelt. Condicionarla ahora con medidas previas o compromisos anticipados es algo que estaría en contra de las instrucciones que US. llevó y sobre todo de la atmósfera de dignidad insospechable de que

<sup>42</sup> Citado por Barros Jarpa, *op. cit.*, p. 55s.

deseamos rodear el viaje de S.E.". Las instrucciones directas a Michels no se apartan ni una letra del discurso oficial, y dan una muestra de rara coherencia en la ejecución de la política, aunque esta vaya siendo progresivamente insostenible en vista de la presión hegemónica.

Todavía Barros Jarpa, en el mismo mensaje, añade un argumento que también se sostenía en público, aunque no de manera explícita por el discurso oficial, pero sí por funcionarios oficiosos del Gobierno, por actores del sistema político y por algunos funcionarios norteamericanos, Bowers y el Vicepresidente Wallace entre ellos: el argumento del factor institucional chileno. "(Debe) US. agregar que dentro de nuestro sistema democrático la adopción de una medida grave de Gobierno de la trascendencia de ruptura de relaciones sólo podría hacerse en el país, con la consulta del Gabinete, del Senado, del Consejo de Defensa Nacional y algunos otros elementos de prestigio"<sup>43</sup>. Es decir, desde la perspectiva del Canciller la toma de decisión chilena podía esperar el desarrollo de los acontecimientos por las mismas razones que Washington había esperado hasta Pearl Harbor. Además, EE.UU. no trataba aquí con un gobierno "fuerte" que respondiera sólo por medio de la cabeza de gobierno, sino con un sistema de gobierno democrático que filtraba e influía decisiones de gran importancia.

Barros Jarpa aludía al viaje que Ríos efectuaría a EE.UU. a comienzos de octubre, y que fue preparado con gran cuidado. EE.UU. esperaba que alrededor —antes o después— del viaje Chile rompiera con el Eje. Ríos, por su parte, lo habría pensado así, pero dándose su tiempo. En todo caso quería que previamente quedara en claro la posición chilena de neutralidad y sus motivaciones hasta ese momento. Anteriormente el Presidente había estado de acuerdo en no aceptar una invitación para que Barros Jarpa fuera a Washington, por temor a que las presiones resultasen irresistibles. "Prefiero que no visitemos Berchtesgaden" le dijo a su Canciller<sup>44</sup>, en alusión a las "invitaciones" de Hitler para que le solicitasen su "protección". Las circunstancias no podían parecer más claras y la interiorización de las "lecciones de la historia" se presentan como motor de la actitud de espera. Hasta octubre de 1942 esta actitud constituyó el núcleo de la posición chilena, y ella fue representada, personalizada y sostenida por el Ministro de Relaciones Exteriores.

---

<sup>43</sup> Cable N° 351, 11 de septiembre de 1942, de Barros Jarpa a Michels, en ARREE, vol. 2019.

<sup>44</sup> Barros Jarpa, *op. cit.*, p. 51.

## EL "LOBBY" RUPTURISTA DENTRO DEL GOBIERNO

Ciertamente que la conducción de las relaciones internacionales reside constitucionalmente de manera destacadísima en el Presidente de la República y en su Canciller. En Chile, por añadidura, la clase política y, desde luego, el gran público, han sido relativamente desinteresados en los asuntos internacionales. Pero esto cambia cuando se dan situaciones conflictivas que pueden llegar a ser temas de debate dentro de la opinión pública. Durante 1942 éste llegó a ser el caso. Entonces la clase política pasa a exigir el desempeño de un papel en la toma de decisiones. En el sistema presidencial chileno ello significaba la anuencia del Gabinete (que depende en fuerte medida a su vez de la anuencia de las directivas partidarias) y del alto funcionario para la política en cuestión.

Para una coalición relativamente frágil, del tipo que caracterizó a las administraciones chilenas en los años 40 y 50, un tema como éste podía potencialmente estremecer sus bases, y con ello poner en tela de juicio la misma gobernabilidad de la coalición y del gabinete.

En el caso que comentamos, el "lobby" rupturista no correspondería a ningún grupo identificable fuera de esta temática, pero sí su influencia en el Gobierno y en el sistema político era muy superior a la que podía mostrar el Canciller. Estaba constituido por cuatro ministros del Gabinete de Ríos, el Ministro del Interior Raúl Morales Beltrami, joven y poderoso dirigente radical, prematuramente desaparecido; por los Ministros de Hacienda y Economía, Benjamín Matte y Pedro Alvarez Suárez, respectivamente, y por el Ministro de Fomento, el fogoso líder socialista Oscar Schnake, quien había visitado EE.UU. y había desarrollado una admiración por algunos elementos de la sociedad norteamericana, principalmente en relación al mundo sindical<sup>45</sup>. Este llevaba a cabo también una campaña pública por la ruptura, lo que provocaba dolores de cabeza a Barros Jarpa, ya que mostraba falta de unidad en el Gabinete, experimentando Schnake incluso una reconversión de parte de Ríos<sup>46</sup>.

Estos ministros incluso se acercaron a Bowers y le propusieron, inicialmente a espaldas del Canciller, un arreglo por medio del cual Chile rompería sus relaciones con el Eje a cambio de ayuda militar y

<sup>45</sup> Cfr. Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile*, op. cit., 214-241.

<sup>46</sup> Cable N° 250, 10 de junio de 1942, de Michels a Barros Jarpa, en donde alude a esta situación, en ARREE, vol. 2019.

económica de parte de Washington<sup>47</sup>. Tras esto quizás no haya necesariamente que ver una maniobra torcida, sino sencillamente la creencia en la necesidad de adoptar el "llamado de la hora" y aprovechar simultáneamente de obtener una ayuda material sustanciosa. Pues el acuerdo que ofrecían constituía una verdadera transacción, en la que a cambio de la ruptura pedían un alza en el precio del cobre, asegurar "razonablemente" su comercialización en la postguerra, alza del precio del salitre, y ayuda para otros efectos, incluyendo los de tipo militar<sup>48</sup>. La respuesta de Washington, en ese momento, fue fulminante. Hull le recuerda a Bowers que la política de EE.UU. consiste en que la cooperación sólo puede producirse mediante la ruptura con el Eje. "Esto no es objeto de negociación", y la ayuda que vendrá, al igual que a las "otras Repúblicas Americanas", sólo se puede considerar según las necesidades y disponibilidades después de la ruptura<sup>49</sup>. El Presidente Ríos posteriormente se esfuerza por dejar en claro a Bowers que él no pretendía una "negociación" (*bargaining*), ya que ello iría contra la dignidad de su política, que el Ministro de Hacienda seguramente lo planteó por "inadvertencia", y que estaba dispuesto a cooperar completamente en el combate del espionaje<sup>50</sup>, un importante tema, ya que Washington encontraba esquivada la actitud de Chile al respecto. Aunque la respuesta de Washington deja un poco descolocado al cuarteto de ministros, se debe anotar que la política de estos últimos sería la que finalmente se impuso, y su ejecutor sería precisamente el mismo Raúl Morales. Si bien no habría una negociación, un intercambio, formalmente en enero de 1943 los chilenos lo entenderían de esta manera. También debe recordarse que los ministros del "lobby" no pertenecían a un mismo partido, sino que representaba un arco desde la izquierda (Schnake) hasta un liberal de derecha como Matte.

Debemos añadir al "lobby" rupturista dentro del gobierno al embajador Rodolfo Michels (n. 1895), cuya actuación podría aparecer de cierta ambigüedad. Descendiente de norteamericano, ingeniero, destacado político radical, senador y ministro, sería nombrado en 1940 Embajador en Washington. A su regreso a Chile desempeñó un alto puesto en la Anaconda. Mirando la documentación parece haber sido

---

<sup>47</sup> Este hecho está relatado en Barros Jarpa, *op. cit.*, pp. 57-63; en Francis, *op. cit.*, p. 100s; y O'Brien, *op. cit.*, pp. 260-262.

<sup>48</sup> De Bowers a Hull, 2 de junio de 1942, *FRUS*, 1942, VI, p. 22s.

<sup>49</sup> De Hull a Bowers, 6 de junio de 1942, *FRUS*, 1942, VI, p. 23s.

<sup>50</sup> De Bowers a Hull, 11 de junio de 1942, *FRUS*, 1942, VI, p. 24s. También cable N° 251, 12 de junio de 1942, de Michels a Barros Jarpa, *ARREE*, vol. 2019.

ganado por los norteamericanos. Ya en 1940 Bowers informa a Washington que Michels desea mantener el "favor" de la embajada<sup>51</sup> ante la expectativa de su próximo nombramiento. Más adelante el tono de algunas de sus conversaciones con Welles, con Bowers u otro funcionario norteamericano producía la impresión de que Chile rompería muy pronto con el Eje<sup>52</sup>. De haber dado a entender entonces esta posición, habría significado que el Embajador chileno fue bastante más allá de sus instrucciones.

Posteriormente, durante el período de las presiones, Michels parece haber insinuado en Washington que no compartía la posición de su Gobierno, cargando los dados contra el propio Canciller. Incluso Barros Jarpa lo acusa de haber llevado un doble juego, ya que le informaba a él de que no importaba que Ríos viajara a Washington sin que previamente se efectuase la ruptura, mientras que él tenía muy en claro que la posición de Washington era justamente a la inversa, o sea, que el viaje se debía efectuar *una vez consumada la ruptura*<sup>53</sup>. En el hecho, como decíamos, Michels le dio esperanzas de pronta ruptura al Departamento de Estado, con lo que éste se vería más irritado al ver que las "promesas" no se cumplían, y Michels culpaba indirecta pero clarísimamente a Barros Jarpa. El Embajador sostenía además una doble correspondencia con Chile, una con el Canciller y otra con Ríos<sup>54</sup>.

Michels, en sus despachos, transmitía una sensación de urgencia en la necesidad de ruptura que denota una fuerte inclinación personal por esa decisión. "Política este Gobierno (Washington), dice Michels, aparece empeñada en promover unidad interamericana contra el Eje y abrigo temor que en persecución dicha política podría recurrirse, cada vez en mayor grado, hasta negarnos la necesaria cooperación en el orden económico y en la materia de defensa"<sup>55</sup>. Tengamos presente esta última advertencia del Embajador, pues es uno de los pocos indicios acerca de presiones económicas directas para provocar la ruptura.

En octubre, Michels se mostraría sorprendido por las acusaciones de espionaje, ya que aseguraba que desde Santiago no se le transmitía

<sup>51</sup> De Bowers a Welles, 6 de junio de 1940, NA, 711.25/104.

<sup>52</sup> De Bowers a Departamento de Estado, 22 de julio de 1942: "(Michels) le dijo... que Chile estaba preparado para efectuar cualquier cosa que EE.UU. pensase necesaria para ganar la guerra, para la defensa de los Estados Unidos o de las Repúblicas americanas"; NA, 711.25/132.

<sup>53</sup> Barros Jarpa, *op. cit.*, pp. 61-64.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>55</sup> Cable N° 263, 19 de junio de 1942, de Michels a Barros Jarpa, ARREE, vol. 2019.

nada. Pero ya en junio Barros Jarpa le había transmitido las quejas de Bowers<sup>56</sup>. Más todavía, en septiembre Michels le había cableografiado al Canciller asegurándole que un despacho anterior suyo no debería "interpretarse como declaración del Departamento de Estado de que ruptura debe hacerse antes del viaje de S.E."<sup>57</sup>. ¿Cómo podía asegurar esto el Embajador si él mismo unos días antes, el 1º de septiembre, había escuchado del propio Welles "que la ruptura de relaciones con las potencias del Eje tal como ha sido prometida definitivamente por el Presidente de Chile debiera tener lugar antes de la visita a Washington del Presidente Ríos"? Y Michels respondió que si no se llevaba a cabo "renunciaría inmediatamente a su puesto ya que nunca aceptaría representar a un Jefe de Estado que fallara en cumplir con un compromiso oficial"<sup>58</sup>. Después de la suspensión del viaje de Ríos, el Embajador le dijo al mismo Welles que Ríos le rechazó su renuncia pues se esperaba pronta ruptura, una vez que Barros Jarpa abandone el Ministerio, ¡todo ello a espaldas del propio Canciller!<sup>59</sup>, aunque también debemos recordar que Michels transmitió claramente su opinión a Santiago. Nos hemos detenido en este aspecto, pues efectivamente Michels aparece desgraciadamente como "cooptado" por Washington (volvería a Chile —decíamos— como ejecutivo de la Anaconda), y su postura contrasta notablemente con la de Barros Jarpa, tan ligado por otra parte a intereses norteamericanos. También, ironía de las circunstancias, "objetivamente" la actitud de Michels estaba más acorde con las realidades que la Segunda Guerra Mundial imponía a la política exterior de un país como Chile. Pero también, adelantándonos a una conclusión, es una mentalidad y personalidad como la del Canciller la que podía proporcionar al país el carácter de una política exterior que necesitaba en las nuevas circunstancias del sistema interamericano.

---

<sup>56</sup> Cable N° 241, 18 de junio de 1942, de Barros Jarpa a Michels, *ARREE*, vol. 2019. Sobre la "ignorancia" de Michels acerca del espionaje, cfr. Memorándum de Welles acerca de su conversación con Michels, 16 de octubre de 1942, *FRUS*, 1942, V, pp. 214-216.

<sup>57</sup> Cable N° 449, 18 de septiembre de 1942, de Michels a Barros Jarpa; cit. por Barros Jarpa, *op. cit.*, p. 64.

<sup>58</sup> Memorándum de conversación de Welles con Michels, 1º de septiembre de 1942, en *FRUS*, 1942, VI, p. 33s.

<sup>59</sup> Memorándum de Welles acerca de conversación con Michels, 16 de octubre de 1942, *FRUS*, 1942, V, pp. 214-216.

## LA PRESIÓN NORTEAMERICANA

La situación creada por la participación de EE.UU. en la guerra produjo una inusual presión de Washington en el sistema interamericano con el objeto de alinearlo en la guerra contra el Eje. Esta actitud es inusual solamente en relación a lo que aquel sistema había llegado a ser especialmente después de la adopción de la política del "Buen Vecino". Pero en las circunstancias de una guerra mundial sólo debían aparecer como medidas normales para situaciones extremas. Realmente en el ámbito regional, al menos si medimos a la opinión pública que se expresaba, la censura caía esta vez sobre Chile, país que se veía progresivamente aislado en la región. A continuación examinaremos brevemente algunos temas e instancias de las presiones, antes que reconstruir su cronología, la que, como hemos dicho, ya ha sido suficientemente narrada.

La documentación de la época transpira una cólera puritana por la actitud chilena (y, sobre todo, la argentina) de no sumarse a la respuesta continental, tal como EE.UU. entendía esa sumatoria. Desde las alturas, con esa delicadeza que iba junto a una voluntad de acero que caracterizaba al Presidente Roosevelt, el mandatario norteamericano le decía al Embajador de Chile que no comparaba la situación de este último país con Argentina y que no dudaba del sentimiento de solidaridad de Chile con los países americanos. Pero las potencias del Eje se aprovechaban de Chile para tareas de espionaje, y que "sería muy difícil controlarlo por medidas de restricción de las comunicaciones u otras análogas, ya que se valían de las misiones diplomáticas del Eje para desarrollar sus actividades"<sup>60</sup>. Más directo, naturalmente, era el Subsecretario de Estado Sumner Welles, que adquiriría una especial odiosidad a los ojos chilenos, y que al final ocasionaría un incidente diplomático, provocado fríamente, para quizás obligar al Presidente Ríos a cancelar su viaje a EE.UU. Antes de ello, Welles le decía al Embajador Michels que si no se rompían relaciones antes de la visita de Ríos, "la opinión pública de EE.UU. no sería ni remotamente tan entusiasta como si Chile tomara esa medida antes de la visita"<sup>61</sup>, y que si "el pueblo de EE.UU. estaba comprometido en una guerra desesperada como ésta, no podían tomar ligeramente la amenaza a la segu-

<sup>60</sup> De acuerdo a cable N° 349, 6 de agosto de 1942, de Michels a Barros Jarpa, *ARREE*, vol. 2019.

<sup>61</sup> Memorándum de conversación de Welles con Michels, 1° de septiembre de 1942, *FRUS*, 1942, VI, p. 33.

ridad de todo el hemisferio que resultaba de la situación que había expuesto en mi discurso de Boston"<sup>62</sup>. De hecho ese discurso, con toda probabilidad, se había pronunciado para impedir que Ríos llegara a Washington sin haber roto relaciones. Ese discurso decíamos era extraordinariamente violento frente a Chile, ya que este país, junto a Argentina, según Welles, permitirían que su "territorio sea utilizado por funcionarios y agentes subversivos del Eje como base para actividades hostiles contra sus vecinos. (Como resultado de ello se han hundido muchos barcos...) Pero no puedo creer que estas dos Repúblicas continuarán por mucho tiempo permitiendo que sus hermanos y vecinos de las Américas, comprometidos en una lucha de vida o muerte para preservar la libertad e integridad del Nuevo Mundo, sean apuñalados por la espalda por los emisarios del Eje operando en el territorio, según sus instituciones libres, de estas dos Repúblicas del Hemisferio occidental"<sup>63</sup>.

Aquí tenemos, en pocas pero envenenadas palabras, el tipo de argumentación empleado por EE.UU. para presionar a Santiago. Y son palabras que escapan a un uso formal en las relaciones interestatales, sino que se refieren a un fondo semántico sustantivo del espíritu de Washington durante la guerra. Para Barros Jarpa estas palabras consti-

---

<sup>62</sup> Memorándum de conversación de Welles con Michaels, 16 de octubre de 1942, *FRUS*, 1942, V, p. 216. Quizás no estaría de más citar en este contexto las palabras del embajador inglés Sir Charles Orde, que a pesar de su mayor distancia emocional, parece confirmar esta óptica moralista: "El Presidente es débil, pero su inhabilidad para encarar este problema es compartida por muchos chilenos de buena educación... Junto a una falta de simpatías por los Estados Unidos que es responsable de la mayor parte (de esta situación), (existe) en conjunción con timidez, una visión estrecha y corta, una incapacidad para sentir una cuestión moral y una pasión por un provecho material evidente de cada paso que se tome". De Charles Orde a Eden, 13 de noviembre de 1942; cit. por Meneses, *op. cit.*, p. 224. Este memorándum fue señalado para circular por los miembros del gabinete inglés.

<sup>63</sup> Sumner Welles, *The World of the Four Freedoms* (New York, Morningside Hights, Columbia University Press, 1943), p. 87. Entre los variados testimonios acerca de la intención de Welles, habría una confesión del propio Welles a Emilio Edwards Bello, Embajador de Chile en La Habana; según Welles se habría tratado de impedir que Ríos fuera vejado durante su estancia en EE.UU. por lo que "había que decidirse a impedir a toda costa esa visita". Según conversación del Subsecretario chileno de RR.EE., Enrique Gajardo, con un funcionario de la Embajada de EE.UU., Heath, en Santiago, 30 de diciembre de 1942; en NA, sin mayores datos en el microfilm. Con este testimonio se confirmarían las sospechas de Barros Jarpa. Irónicamente el mismo Barros Jarpa habría insinuado a Bowers la tarde del día 5 de octubre que las relaciones con el Eje se romperían tras el regreso de Juan Antonio Ríos de Estados Unidos; de Bowers al Secretario de Estado, 5 de octubre de 1942; *FRUS*, 1942, V, p. 159.

tuyeron una suerte de *gaffe* de Welles<sup>64</sup>. Nosotros creemos, en cambio, que Roosevelt y el Secretario de Estado, Cordell Hull, quisieron pronunciarse por boca de un funcionario a ellos subordinado, pero de posición destacada, con el objeto de no cortar todos los puentes hacia Chile, pero a la vez forzar a Ríos a romper con el Eje o a suspender su viaje a EE.UU., ya que el chileno aparentemente no captaba la importancia que este problema tenía para Washington.

Ciertamente que el núcleo de la acusación norteamericana en 1942 se refería a que agentes del Eje usaban a Chile para retransmitir información acerca de movimientos de barcos que después serían hundidos. Aquí no nos detendremos a analizar si este punto correspondía o no a un problema real. De hecho *jamás* se hundió un barco al sur del Canal de Panamá, y es sencillamente ridículo que se pueda pensar que (v. gr.) un informe sobre la salida de barcos de Valparaíso influyera en su posterior hundimiento en las costas atlánticas de EE.UU. En palabras del propio Barros Jarpa "no comprendemos cómo un circuito que tiene sin duda un origen en una estación clandestina en Estados Unidos, necesita pasar por Chile en lugar de ir directamente a Europa. Comprendemos que se trata de un pretexto para presionarnos..."<sup>65</sup>. De hecho hubo detención y procesos a agentes alemanes (incluido algunos chilenos) que mantenían transmisiones radiales clandestinas, pero su significación en los ataques submarinos era más que dudosa. Por lo demás, existía amplia cooperación militar con EE.UU. para combatir esta clase de actividades. Con todo, es necesario tener en cuenta que efectivamente la inteligencia norteamericana detectó algunos grupos de espías alemanes organizados principalmente por el agregado aéreo de la Embajada en Santiago, Ludwig von Bohlen, quien actuaba según órdenes de la *Abwehr*. Aquí es de interés el caso de un grupo denominado PYL que operó una radio clandestina desde Quilpué en 1942. Pero como han comprobado Leslie Rout y John Bratzel, este grupo (y otro potencialmente más grave que sería detectado y arrestado en 1944) sólo fue importante para los alemanes como eslabón de la cadena latinoamericana de transmisión de información hacia Alemania, y desde luego no podía originar una inteligencia que permitiera a los submarinos alemanes hundir barcos aliados en el Caribe o en la costa atlántica de EE.UU. Sin embargo

<sup>64</sup> Barros Jarpa, *op. cit.*, p. 82s, citando a Hull. En cambio O'Brien, *op. cit.*, p. 267s, lo presupone como voz oficial; también Francis, *op. cit.*, pp. 118-120.

<sup>65</sup> Cable N° 241, 18 de junio de 1942, de Barros Jarpa a Michels, ARREE, vol. 2019.

aquí se originó un punto irritante para las relaciones, ya que Santiago manifestó poco interés en el asunto y sólo efectuó una represión pausada e inconsistente de estas actividades, y hasta 1943 no puso demasiada energía en la prosecución judicial del caso; éste es el problema del que parece no haber estado consciente Barros Jarpa<sup>65a</sup>. Mas tampoco en este caso la situación tenía por qué aparecer como urgente para Santiago, y era comprensible que no se haya impuesto una política de excesivo celo cuando todo el asunto no se veía más que un problema de los norteamericanos. A la vez nada es más comprensible que la indignación de Washington ante la relativa pasividad chilena frente a una actividad alemana que constituía un acto bélico contra los EE.UU.

Pero el punto es otro. Problemente el público en EE.UU. y algunos de los funcionarios del Departamento de Estado estaban íntimamente convencidos acerca de la amenaza del espionaje. Por lo demás, la "espiomanía" es una reacción colectiva, muchas veces histórica, propia de estas circunstancias. La preocupación oficial parece genuina, y la abundante documentación del período transpira urgencia y hasta obcecación con este asunto<sup>66</sup>, lo que sólo se puede explicar como parte del estado de ánimo de la guerra. La noción de "quinta columna" estaba completamente interiorizada por la mentalidad colectiva de la época. El ejemplo de la expansión de Alemania nazi en Europa se presentaba muy vívidamente bajo esta imagen al público norteamericano, e incluso en Chile no pocos aducían este problema para romper con el Eje.

En el plano de la opinión pública norteamericana el ánimo crítico hacia Chilea era naturalmente mucho más exaltado. Un caso típico nos basta como ejemplo. Para el editorialista del *Washington Post*, en junio de 1942, el caso de "Chile, desde el punto de vista de Estados Unidos, nos deja perplejos, por decir lo menos. Se nos ha hecho creer que el pueblo de esa gran república sudamericana está sinceramente y de

---

<sup>65a</sup> Leslie B. Rout, Jr, John F. Bratzel, *The Shadow War. German Espionage and United States Counterespionage in Latin America during World War II* (Maryland: University Publications of America, Inc., 1986), pp. 234-320. Las torturas con las que fueron obtenidas las confesiones aparentemente sorprendieron a los norteamericanos; no menos los sorprendió la venalidad de la que acusaban a la policía civil de Chile en su actuación en el affair de espionaje; *ibid.*, esp. pp. 293-297. También la embajada de EE.UU. en Santiago llevó a cabo una penosa tarea en el curso de 1942 por interrumpir las comunicaciones entre las embajadas del Eje y algunas firmas alemanas con Alemania; en *FRUS*, 1942, V, pp. 108-185.

<sup>66</sup> *FRUS*, 1942, V, pp. 186-261, lo que naturalmente es una selección a partir de un material mucho más amplio.

corazón con las naciones unidas en la lucha contra la barbarie totalitaria. El Presidente Ríos en más de una ocasión ha expresado, en palabras, es cierto, su adhesión al ideal de solidaridad continental; pero comienza a parecer como que sus manifestaciones de lealtad a ese ideal son sólo fingidas<sup>67</sup>. Expresiones representativas de ese estado de ánimo, y en este sentido creemos poder aclarar lo que habíamos dicho sobre ese "fondo semántico", ese lenguaje que refleja una época y que articula las categorías —en este caso— tanto de la mentalidad colectiva como de la clase política norteamericana en cuanto se refieren a Chile.

Pero, ¿percibían los norteamericanos que las indecisiones chilenas provenían en buena medida de los mismos orígenes que la anterior renuencia de la opinión pública norteamericana a ver a su país implicado en el conflicto? La respuesta es naturalmente negativa, y no sólo en la esfera de la mentalidad colectiva, ni siquiera sólo dentro de la clase política, sino que tampoco dentro de los altos dirigentes del Gobierno. Se trata de una supresión de memoria colectiva que no necesariamente debe llamar a escándalo, ya que pertenece a un género demasiado común de reacción de la sicología colectiva. Sin embargo, en su aislamiento resaltan dos voces en el interior del aparato norteamericano. Una de ellas es naturalmente la del mismo Bowers. Sus memorias constituyen un testimonio, aunque retrospectivo, por cierto. Pero también en sus despachos al Departamento de Estado, aun creyendo en la importancia del problema del espionaje y molesto porque los chilenos no hacían todo lo que él creía que debían hacer, insiste en que el sistema político chileno se desenvuelve de manera análoga al norteamericano. Bowers protesta en una ocasión ante el Departamento de Estado de que se le dé crédito a los embajadores de Nicaragua y de la República Dominicana (en Lima): "Los diarios italianos y alemanes se venden aquí (en Chile) como se vendían en los Estados Unidos hasta antes de la ruptura de relaciones... Es más bien divertido encontrar que el representante dominicano sea de la opinión de que el Gobierno chileno pueda hacer poco para llevar a su país a las filas de la democracia, debido al hecho por supuesto de que Chile es la democracia más saludable en América latina"<sup>68</sup>. Aunque no en este contexto, no pocas veces algunos funcionarios del Departamento de Estado se quejaban de la actitud tan favorable a Chile de parte de

<sup>67</sup> Traducción de acuerdo a Embajada de Chile en Washington; cable N° 262, 18 de junio de 1942, de Michels a Barros Jarpa, *ARREE*, vol. 2019.

<sup>68</sup> De Bowers a Hull, 16 de mayo de 1942, *NA*, 711.25/122.

Bowers. Este era un amigo de Roosevelt que había participado en sus campañas electorales, después había sido embajador ante la España republicana, por lo que creaba algún recelo en los diplomáticos de carrera. Después de su retiro en 1953, redactaría unas memorias que a nuestros ojos aparecen incluso excesivamente halagüeñas hacia Chile.

El otro funcionario era nada menos que el Vicepresidente Henry Wallace. Por cierto, de acuerdo al sistema constitucional norteamericano, su papel era más bien modesto. Sin embargo, por su figuración, y por la notoriedad internacional alcanzada después, merece algunas líneas. El caso es que Wallace transmitió en varias ocasiones su simpatía por Chile, no evidentemente por su posición internacional, sino porque para él constituía un tipo diferente de sociedad en la región. De hecho Wallace personificaba una suerte de simpatía "progresista" hacia América Latina, un tipo de observador que sería relativamente común en Washington a partir de la década de 1960, pero todavía extraño en la de 1940. Wallace le teorizaba a un funcionario chileno diciendo que en América Latina el 10 por ciento de la población domina al 90 por ciento restante. De ese 10 por ciento, el 90 por ciento a su vez desea el triunfo del Eje como manera de retrasar el progreso social y económico; el sentimiento capitalista se debe principalmente al imperialismo británico, "que ha sido casi tan dañino como el nazismo". Para la postguerra habría que acelerar el desarrollo e impedir la autarquía<sup>69</sup>. Las simpatías de Wallace por Chile (adonde efectuaría un viaje en 1943, siendo excelentemente bien recibido por la izquierda local), en la medida restringida en que era algo significativo para él, se desprendía entonces de su visión "antifascista" y de su versión "radical" del "New Deal". Pero también sostenía el muy norteamericano (pero no necesariamente subjetivo) principio de los "mercados abiertos". Como decíamos, prefiguraba en esos años al hombre público del Norte *fascinado* por la simplicidad aparente de contrastes en el Sur, algo tan común en nuestros días. Sus simpatías liberales (en el sentido norteamericano) lo llevaban a apoyar peticiones económicas de Chile si ellas

---

<sup>69</sup> Entrevista entre Abelardo Silva, primer secretario de la Embajada de Chile en Washington, y Henry Wallace, concertada por un amigo común, el Ministro Consejero de la Embajada de México en Washington, Luis Quintanilla. Oficio Confidencial N° 994, de Michels al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, 12 de marzo de 1942, ARREE, vol. 2019. Michels advierte la necesidad de mantener el máximo secreto, ya que la entrevista no debía ser conocida por la Embajada de EE.UU. en Santiago y transmitida entonces a Washington. El objeto de la entrevista era dar a conocer la posición de Chile ante Wallace.

comportaban aumentos de jornales a los trabajadores<sup>70</sup>, pero su influencia en lo político era inevitablemente restringida.

Más representativo del funcionario norteamericano son las declaraciones de un miembro de la Embajada en Santiago, recogidas por un periodista norteamericano, de que había que enseñar al pueblo chileno la *American way of life* en lugar de la "filosofía nazi"<sup>71</sup>. O a un nivel más elevado, naturalmente, pero no menos claro, como le recordaba Roosevelt a "Dear Claude", de que "es muy importante que Ud. no pierda la oportunidad de expresar mi opinión al Presidente Ríos de que el mantenimiento de las relaciones diplomáticas y de otro tipo con las potencias del Eje representa un grave peligro para Chile y para la causa de las Américas"<sup>72</sup>. Estados Unidos estaba comprometido en un duelo mundial en el cual la legitimación consistía en una idea-fuerza que iba desde las categorías ideológicas del siglo XX, hasta la Doctrina Monroe, aunque esta última expresada con otras claves, quizás de manera inconsciente para sus actores.

### ¿PRESIONES ECONÓMICAS?

El uso de la superioridad económica como herramienta de política internacional pertenece a los modos originarios de las relaciones internacionales. Su interpretación como la fuente de la conducta internacional también pertenece a un modo recurrente de analizar al sistema internacional, y de la política de EE.UU. hacia América latina. Probablemente motivos no faltan. Pero en su conjunto, como siempre, esta manera de ver la situación puede distorsionar la mirada. El problema para nosotros consiste en discernir si realmente ocurrió de esta manera en el caso de Chile.

Las pruebas en todo caso son escasas y ya hemos aludido a una comunicación de Michels<sup>73</sup>. Pero también existe un mismo género de comunicación efectuada por el Embajador reemplazante, el General

<sup>70</sup> Cable N° 398, 2 de septiembre de 1942, de Michels a Barros Jarpa, ARREE, vol. 2019.

<sup>71</sup> De acuerdo a *Nuestro Tiempo*, México, 16 de octubre de 1942, en despacho de Harold D. Finley, Embajador de EE.UU. en México, a Hull, 15 (sic) de octubre de 1942; en NA, 711.25/185.

<sup>72</sup> De Roosevelt a Bowers, 16 de junio de 1942; en NA 711.25/129.

<sup>73</sup> Cfr. nota 55.

Espinoza, en que señala lo contrario<sup>74</sup>, aunque pudiese basarse en alguna conversación puntual y no en una experiencia más vasta como la de Michels. El caso es que no puede caber duda de que el problema estaba en la mente de los chilenos, al menos de manera tan manifiesta como el temor a la indefensión de las costas chilenas en caso de ataque japonés.

Los despachos de la Embajada de Chile en Washington contienen expresiones de sospechas de que atrasos en autorizaciones de fijaciones de precio, o de permisos de exportación a Chile se deberían a presiones para lograr la ruptura<sup>74a</sup>. Pero el organismo con el que normalmente se trataba en estos casos era el Board of Economic Warfare, que en muchos sentidos estaba muy desvinculado del Departamento de Estado. Los norteamericanos a veces se escandalizaban porque consideraban que, en medio de las penurias de la guerra, en Chile se intentaba llevar una vida normal<sup>75</sup>. Ciertamente Chile no pudo firmar un acuerdo de "Lend Lease" sino hasta después de la ruptura<sup>76</sup>, pero ello no podía ser de otra manera. En lo sustancial el acuerdo de la cooperación económica se había formulado ya antes de Pearl Harbor, y dadas las circunstancias se consolidó sin mayores problemas en 1942.

Creemos que este problema hay que verlo en el contexto más amplio de las relaciones económicas de Chile con EE.UU. durante la guerra, sobre lo cual aquí efectuaremos unas consideraciones muy generales. O'Brien ha indicado que aunque "oficialmente Chile permaneció neutral, de hecho su economía llegó a ser una extensión de la economía de los Estados Unidos"<sup>77</sup>. Afirmación indudablemente veraz, pero también incompleta, que debe ser colocada en su marco adecuado.

<sup>74</sup> V. gr., cable N° 338, 27 de agosto de 1942, de Barros Jarpa a Michels; cable N° 251, 10 de junio de 1942, de Michels a Barros Jarpa; y cable N° 254, de Michels a Barros Jarpa, 13 de junio de 1942; todo ello en ARREE, vol. 2019.

<sup>74a</sup> Se trata de una conversación que Mariano Puga sostuvo con Welles; pero también le dice que "los centros comerciales, industriales y bancarios relacionados con nosotros son muy distintos. Aprecian y acatan nuestra posición", aunque no la comparten; esto lo transmite el General Espinoza a Barros Jarpa, en cable N° 308, 19 de julio de 1942, ARREE, vol. 2019.

<sup>75</sup> Virginia Prevest, *Washington Post*, 1° de agosto de 1942; en cable N° 322, 1° de agosto de 1942, de Michels a Barros Jarpa, ARREE, vol. 2019.

<sup>76</sup> Se firmó el 2 de mayo de 1943, y tenía, como en todos los casos, un carácter fundamentalmente militar; pero abría el camino para una cooperación más amplia. En FRUS, 1943, V, p. 816s.

<sup>77</sup> O'Brien, *op. cit.*, p. 282.

## CUADRO I

## IMPORTACIONES DE CHILE(%)

<i>País de origen</i>	1938	1941	1942
EE.UU.	28	56	45
Alemania	26	0,7	0,2
Europa *	51	12	9
América latina	15	23	43

\* Alemania incluida.

Fuente: Anuario de Comercio Exterior.

## CUADRO II

## EXPORTACIONES DE CHILE(%)

<i>País de destino</i>	1938	1941	1942
EE.UU.	16	64	69
Alemania	10	0,7	—
Europa *	53	5	3
América latina	5	10	14

\* Alemania incluida.

Fuente: Id. Cuadro I.

Las turbulencias europeas obligan a Chile a reorientar su economía internacional, creando un cuadro que podría ser la delicia de un analista que parta desde la perspectiva de la "dependencia". Sólo que ello, como estamos viendo, no era fácilmente traladable a una convergencia en política internacional del modo deseado por Washington. Las cifras sobre el intercambio comercial chileno (Cuadros I y II) son concluyentes, en cuanto dejan ver la fuerte y progresiva orientación hacia EE.UU. Además, como ya anotábamos, en estos años Chile busca financiamiento para sus proyectos de industrialización planificados desde la CORFO, y sólo se podía golpear a las puertas de EE.UU. Pero también sólo los EE.UU. podía ser la fuente de las compras de las exportaciones chilenas, y con ello arribamos al discutido problema del cobre. También, por supuesto, EE.UU. constituía la fuente casi exclusiva de suministro de ciertas materias primas y maquinarias. En el co-

comercio exterior chileno es inescapable la relevancia que va adquiriendo EE.UU. Por otro lado, la importancia que ocupaba Europa en el comercio de preguerra le presta crédito al argumento de quienes no querían romper con Alemania pensando en una victoria de ésta, ya que la paz requeriría de su concurso para reconstruir el comercio internacional chileno.

La fijación del precio del cobre destaca una situación de monopolio internacional alcanzada por el mercado norteamericano, ejemplificado por el acuerdo entre el Gobierno chileno y la Metals Reserve Company, organismo estatal, en largas negociaciones que culminan en enero de 1942<sup>78</sup>. Por medio de ellas se fijaron pautas de precio y el compromiso de una producción creciente, la gran mayoría de la cual debía ser vendida a la compañía antedicha. Esta realidad, junto a la dependencia antes señalada, ¿significó un injustificado y oneroso precio para Chile? Posteriormente se haría muy popular la cifra de los "500 millones de dólares" de entonces como la presunta contribución (sin retribución) de Chile a EE.UU. durante la guerra<sup>79</sup>. Puede que sea así, pero de acuerdo a un postulado absolutamente hipotético, el de un precio imaginario de las materias primas. El supuesto de tal hipótesis se había esfumado: la existencia de un mercado competitivo. Ahora el país hacía frente a un mercado monopólico que tenía tras de sí el apoyo decidido del Estado más poderoso del mundo. En verdad no había mercado en absoluto. En estas ocasiones el fuerte siempre impone su objetivo. Sin embargo, en relación a la situación de anteguerra, los dirigentes chilenos de entonces veían cierta ventaja. Efectivamente, creían verse liberados de las bruscas alteraciones de precio de los años 30, y les prometía un constante aumento de la producción (de un 50 por ciento, hacia fines de la guerra). Con ello podían compensar en parte —o en su totalidad— la inexistencia de su precio hipotéticamente superior (Cuadros III y IV). Por lo demás, una situación como ésta, "planificada", encajaba perfectamente con la mentalidad de los creadores de la CORFO y con el "espíritu de la época"<sup>80</sup>. La paradoja aparece sin fin si obser-

<sup>78</sup> Para todo el proceso, *FRUS*, 1941, VI, pp. 578-606; y *FRUS*, 1942, VI, pp. 47-95.

<sup>79</sup> Esta cifra, repetida incansablemente hasta los años setenta en los debates acerca de la "cuestión del cobre", se originó en un estudio ordenado por el Ministro Roberto Wachholtz; cfr. Markos Mamalakis, Clark Winton Reynolds, *Essays on the Chilean Economy*, Honewood, Illinois, Richard D. Irwin, 1965, p. 240.

<sup>80</sup> Adolfo Ibáñez Santa María, "Los Ingenieros, el Estado y la Política en Chile. Del Ministerio de Fomento a la Corporación de Fomento. 1927-1939", en *Historia*, 18, 1983, pp. 45-103.

## CUADRO III

PRECIO DEL COBRE  
(centavos de dólar la libra)

Año	Precio nominal	Precio real (1952)
1929	18.2	34.18
1932	5.7	19.55
1935	8.8	19.99
1937	13.3	27.58
1938	10.1	23.0
1939	11.1	25.77
1940	11.4	25.96
1941	11.9	24.4
1942	11.9	21.56
1943	11.9	20.63
1944	11.9	20.34
1945	11.9	20.13
1946	13.9	20.54
1947	21.1	24.83
1948	22.2	24.06

Fuente: Balanza de Pagos de Chile, 1952.

vamos que en el curso de la guerra la Metals Reserve creía que Chile había obtenido un precio abusivamente alto para su cobre<sup>81</sup>.

En resumidas cuentas, pensamos que en momentos de catastrófica alteración del comercio internacional Chile no pudo obtener las condiciones para un salto cualitativamente espectacular para la industrialización, como puede haber sucedido en otras latitudes (¡aunque no en la región!). Sin embargo se aseguró una situación estable, una acumulación de reservas y un mantenimiento y paulatino mejoramiento del nivel de vida en medio de una situación monopólica, que en muchos aspectos a diversos actores chilenos les parecía digna de conservación. Por último, en lo sustancial, aunque Chile también tenía sus cartas

<sup>81</sup> V. gr., *FRUS*, 1943, V, p. 887s. En general está bien tratado por O'Brien, *op. cit.*, pp. 271-303. Para todo el contexto de la economía internacional y la opinión de los actores políticos, José del Pozo, *Les ideologies développement au Chili a l'époque de l'industrialisation (1938-1952)* (Diss., Montreal, 1986), pp. 224-263.

en el juego (EE.UU. requería del cobre y de otras materias primas), era Washington quien tenía un poder incontrollable, y que no aparece visiblemente utilizado como parte de las presiones que sí efectuaba. Nos parece que esta situación sólo destaca mayormente los motivos geopolíticos de Washington y, sobre todo, la cólera puritana que embargaba a los norteamericanos ante las dudas chilenas. Sólo que estas dudas eran parte de una fuerte discusión en la clase política chilena.

#### CUADRO IV

##### VALOR DE VENTAS DE LA GRAN MINERÍA (en millones de dólares)

1929	110.8
1932	16.0
1935	43.8
1937	100.0
1938	74.1
1939	71.0
1940	85.1
1941	101.1
1942	117.4
1943	116.8
1944	122.0
1945	106.7
1946	109.6
1947	159.2
1948	215.3

Fuente: Markos Mamalakis, Clark Winton Reynolds, *Essays on the Chilean Economy* (Honewood, Illinois, Richard D. Irwin, 1965), p. 363.

#### EL DEBATE DE LA RUPTURA

La posición de Chile ante el conflicto ocasionó entre 1940 y 1942 un vivo debate dentro de la clase política chilena. Emerge una suerte de "literatura sobre la guerra" en Chile, que merece un estudio en sí misma, ya que también deja ver un tipo de autorrepresentación chilena. Naturalmente aquí sólo enunciaremos sus principales tópicos y algunos de sus exponentes.

Los partidarios de la ruptura, que quizás representaban un sentir mayoritario, invocaban casi invariablemente argumentos de principio. Esta guerra para ellos tiene un carácter moral y el sistema interamericano ha sido agredido, por lo que Chile debería por principio solidarizar con aquél. En cambio, los partidarios de no innovar —que desde luego jamás llegaron a la fantasía de proponer cortar los lazos económicos con EE.UU.— aducían en general la necesidad de no comprometerse con un bando dada la posibilidad de triunfo del Eje, así como también se referían a la tradición chilena de neutralidad.

En el seno de la coalición gobernante los socialistas llevaban a cabo una campaña pública por la ruptura, cosa que incluso molestó al Canciller y al parecer al mismo Ríos<sup>82</sup>. Destacaba aquí su fogoso líder, Oscar Schnake, quien desarrollaría una versión (muy universal por lo demás) de anticomunismo de izquierda. Ya en 1940 defendía los acuerdos de La Habana como lucha contra el quintacolumnismo. “La guerra mundial, camaradas, ... lleva la miseria no solamente a los países que están actualmente en guerra, sino aún a los mismos países que permanecen en la paz ... vivimos, sólo al parecer, fuera de la guerra (y frente a ello) no debemos vivir desarticulados, sino que debemos ser naciones con una unidad maravillosa”. Aunque defiende la Conferencia de La Habana como logro para la paz, sus palabras están dirigidas a la coordinación interamericana, y más tarde no haría sino destacar la necesidad de la ruptura. “¿O quieren, aquellos que protestan, como el Partido Comunista, que no lleguen hasta las tierras americanas algunos de los contendientes pero que pueda libremente llegar a estos países el contendiente que ellos apoyan para que encienda aquí entre nosotros la división y para hacer lo que han hecho en otras partes: el papel de quinta columna, traidor de la clase trabajadora”<sup>83</sup>. Desde un punto de vista ideológico, entre 1939 y 1940, la posición ante la guerra y ante los comunistas ejerció una función en la autoidentificación de los socialistas.

La posición del comunismo criollo fue tan particular como todos los partidos de la Tercera Internacional, de condenar la guerra hasta el día 22 de junio de 1941, en el que la participación de la URSS, ahora contra Alemania nazi, cambiaba de manera automática su propia percepción. A partir de 1939 para los comunistas la guerra había tenido

---

<sup>82</sup> Cable N° 250, 10 de junio de 1942, de Michels a Barros Jarpa, ARREE, vol. 2019.

<sup>83</sup> Oscar Schnake, *América y la Guerra. Sensacional Discurso del Ministro Schnake* (Santiago, Secretaría Nacional de Cultura, 1940).

un carácter "intraimperialista". "Queremos dejar en claro que frente a esta segunda guerra imperialista, feroz, implacable y a través de la cual no se disputa ninguna conveniencia del proletariado ni de los pueblos, sino que el derecho a saquear y a oprimir a los pueblos... nosotros los comunistas chilenos no estamos con Alemania, ni con Gran Bretaña ni con Estados Unidos, porque estamos con Chile y con la bandera gloriosa de paz y de libertad"<sup>84</sup>. Pero a partir del ataque de Alemania nazi a la Unión Soviética las cosas cambiarían bruscamente, hasta el punto de que ahora se exige el abandono de la neutralidad en aras del apoyo a lo que se denomina la lucha "antifascista". Se exige ahora la "Unión Nacional" para actuar como apoyo al Gobierno de Juan Antonio Ríos, pero en realidad también como proyección del poder de los comunistas<sup>85</sup>. Una de sus labores principales debería ser la colaboración "de Chile con Estados Unidos y demás pueblos del hemisferio para la defensa continental, incorporación de nuestro país en el frente mundial contra Hitler y sus secuaces y ayuda material a la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña, China y demás pueblos que defienden la civilización contra la barbarie"<sup>86</sup>. No puede haber nada más representativo del lenguaje comunista de la época ni de un cambio de percepción más espectacular que las palabras antes citadas. Esta situación se reflejaría en junio de 1942, cuando el Senado por casi unanimidad de sus miembros apoya en sesión secreta la política del Gobierno, con la excepción de los dos senadores comunistas.

Pero si al grueso de la izquierda se la puede hallar en posiciones como las señaladas, al menos en el año 1942, para el resto de los actores políticos es difícil encontrar un patrón similar. Lo que sí se observa es un paulatino aumento del apoyo a la neutralidad a medida que se avanza en el espectro político en dirección de los actores conservadores. Pero tampoco es una regla general. Quienes pedían la ruptura de manera expresa eran una minoría; quienes pedían una neutralidad con tonos antinorteamericanos e implícitamente admiradores de Alemania (aunque no necesariamente en sus aspectos "fascistas") eran una minoría todavía más pequeña. La primera quizás pueda ser ejemplificada por Benjamín Subercaseaux, quien se trenzó en duelo público (por la prensa y los tribunales) con Barros Jarpa. Para Subercaseaux la política exterior no

---

<sup>84</sup> Senador Guerra, del Partido Comunista, en *Boletín de Sesiones del Senado (BSS)*, 3 de julio de 1940.

<sup>85</sup> Para la actitud de los comunistas, cfr. Andrew Barnard, *The Chilean Communist Party 1922-1947* (Diss., University of London, 1977), pp. 274-330.

<sup>86</sup> Diputado Astudillo (PC), en *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados (BSC)*, 18 de agosto de 1942.

ha de ampararse en "la tradición si ha de hacer frente al mundo cambiante de las circunstancias actuales... (porque ahora) los criterios prácticos ya no tienen curso a la manera antigua... (ya que es el) factor moral (el) que está en juego en este desbande de la civilización"<sup>87</sup>. Entonces la actitud de apoyar a los Estados Unidos se desprende de una fuerza ética. Si vamos al otro extremo del arco, quizás podamos considerar a Manuel Antonio Vittini, para quien la "honda y terrible crisis democrática que aqueja a nuestros partidos políticos, los lleva o induce a pescarse de cualquier fierro ardiente, como este de la propaganda belicista, ¿no sería más honrado buscar en los defectos de nuestra democracia interna el origen de sus males para conjurarlos mediante reformas saludables, que al mismo tiempo sirvan para tonificar la ciudadanía sirvieran para rejuvenecer nuestras instituciones y ponerlas a tono con el Nuevo Orden Mundial que se adivina? ... (y proponer a las naciones americanas), como una cristalización del ideal alberdiano, el Frente de la Neutralidad Mundial"<sup>88</sup>. En palabras como éstas nos encontramos tanto con una difusa simpatía fascista, como con la esperanza de un nuevo orden internacional, o con un anuncio de futuras posiciones de tipo "tercermundista".

Pero los argumentos de los contrarios a la ruptura se pueden encontrar mejor en las opiniones de Raúl Marín Balmaceda, destacado diputado liberal, quien, además, en enero de 1943, días antes de la ruptura, encabeza una lista de "trescientas personalidades" que se oponen a ella, y en la cual se encuentran efectivamente prohombres de la sociedad y de la política; aunque también hay una tendencia al predominio de apellidos de "gente bien"<sup>89</sup>. Para Marín Balmaceda la ruptura de la neutralidad supone una situación de guerra contraria a la tradición chilena; también en Chile conviven —dice— personas con raíces de todos los Estados en guerra; que el costo económico sería altísimo; que otros países son neutrales, entre ellos "Rusia" frente a Japón, y que "no hay que olvidar que después de la guerra del 14 las delegaciones de Chile y Argentina tuvieron desde un primer momento, en la Sociedad de las Naciones de Ginebra, la más alta situación y prestigio por haber mantenido inalterable una política internacional independiente y ecuaníme"<sup>90</sup>. Aquí resuenan las "lecciones de la his-

<sup>87</sup> *¿Subercaseaux traicionó a Chile?* (Liga de Defensa, Santiago, 1942), pp. 28 y 71.

<sup>88</sup> *El Mercurio*, 20 de enero de 1943.

<sup>89</sup> *El Mercurio*, 20 de enero de 1943.

<sup>90</sup> *El Mercurio*, 26 de agosto de 1942.

toría", que frente a una guerra como la de esos momentos, lleva un juicio implícito de "Realpolitik" (pero no sólo ese rasgo), y a la vez a nosotros nos aparece un tanto alejada de la realidad interamericana, y por ello "irreal". En el espectro habría que analizar al Partido Radical, la agrupación del Presidente, pero en donde aparentemente eran mayoritarios los partidarios de la ruptura. También es paradigmática la evolución de la entonces pequeña Falange, de una neutralidad a un alineamiento con EE.UU. Como decíamos, todo ello merece un estudio especial.

Quizás es posible que quienes propugnaban la neutralidad por motivos "realistas" estuvieran un tanto determinados por afectos y preferencias ideológicas, como quienes apoyaban el alineamiento por razones de principio actuaran antes que nada de acuerdo a las realidades inescapables del momento. En todo caso nada menos que los ex Presidentes Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez apoyaban la mantención de la neutralidad, aunque para el primero la solidaridad con EE.UU. era un punto esencial; sólo que estimaba que con el sustancial apoyo económico de Chile se cumplía con la letra y el espíritu de los acuerdos interamericanos<sup>91</sup>. Con esto debemos enunciar otro aspecto, que también consiste en una hipótesis. Nos parece que las simpatías culturales con las sociedades representadas por los aliados —quizás no expresamente percibidas por los actores— impedían el surgimiento de simpatías de tipo "fascista" en la oposición a la ruptura. Francis asevera que en la oposición (de la mayoría) de la derecha a la ruptura se escondía un incipiente antinorteamericanismo, pues se habría visto en EE.UU. y su influencia una fuente de peligro social<sup>92</sup>. Sin embargo, ya hemos señalado las vinculaciones profesionales con intereses norteamericanos de muchos de los oponentes de la ruptura, como Barros Jarpa, así como que el apoyo a la ruptura tuvo también patrocinantes en la derecha, entre ellos tres senadores liberales. Además estaba por la ruptura nada menos que el ex Ministro de Hacienda Gustavo Ross. Este, aunque rechazando el discurso de Sumner Welles en octubre, en privado era crítico de Barros Jarpa; y en enero emitió una declaración favoreciendo la ruptura, poco antes de que ésta se llevara a cabo<sup>93</sup>. Ya vimos por otro lado las bruscas alteraciones dentro de la izquierda.

<sup>91</sup> *El Mercurio*, 11 de octubre de 1942.

<sup>92</sup> Francis, *op. cit.*, p. 129.

<sup>93</sup> De Bowers a Hull, 16 de octubre de 1942, según Memorandum del segundo Secretario de la Embajada Cecil B. Lyon, quien conversó con Gustavo Ross; NA, 711.25/214. También de Bowers a Hull, 19 de enero de 1943; *FRUS*, 1943, V, p. 799.

Creemos que en lo sustancial esta "literatura sobre la guerra" constituye una expresión de la opinión pública —entendida como actores de la sociedad civil autónoma del Estado— que transmite por medio de su debate una nueva legitimidad a las inescapables decisiones que debe tomar el Ejecutivo. Es cierto que se debe estudiar un supuesto transfondo de "defensa social" que existiría en los partidarios de la neutralidad, así como la pugna de poder tras la adopción de una política de principios contra el Eje. Pero lo curioso es que, salvo esa diversa tonalidad entre izquierda y derecha, la agitada polémica por el problema de la ruptura no reflejó una verdadera fisura en la clase política chilena, ni tampoco dejaría tras de sí alguna huella perceptible en los años siguientes. Antes que nada se trata de una polémica que reflejó un intento de búsqueda de la identidad nacional, y que sin embargo ayudó a proporcionar una legitimidad, producto de un nuevo lenguaje, de modo que el Gobierno chileno podía alejarse de su tradición diplomática sin que *aparentemente* existiera un quiebre de su personalidad política en las relaciones internacionales.

¿Hubo influencia de la opinión pública en la decisión de ruptura? La polémica en sí misma es rica, pero es difícil seguir las presuntas huellas que irían de aquéllas a la decisión del 20 de enero de 1943. En junio de 1942 el Senado casi por unanimidad apoya la política gubernativa, entonces de neutralidad. El 19 de enero de 1943 apoya la ruptura por 30 votos contra 10 y dos abstenciones. Más bien da la impresión de que la decisión se mantuvo en la esfera del estrecho círculo del Gabinete, del entorno presidencial y de las indignadas protestas que llegaban desde la capital de la potencia hegemónica.

#### LA RUPTURA

Como consecuencia del discurso de Sumner Welles en Boston, el 8 de octubre, Ríos se vio obligado a suspender el viaje a EE.UU. que estaba planificado para unos días más tarde. Se produce una tormenta de prensa en Chile y toda América, cerrando en Santiago la mayoría de la clase política las filas en torno a Ríos. EE.UU., que seguramente provocó el incidente, lo minimiza ahora, pues anticipaba el resultado, ya que sus fuentes de información estaban perfectamente conscientes de lo que sucedería. Una crisis de Gabinete del día 19 de octubre, originada a todas luces por la situación internacional de Chile, lleva a un reajuste ministerial en el que Barros Jarpa debe presentar su dimisión, sin figurar en el nuevo Gabinete. Su sucesor es Joaquín

Fernández, quien, aunque de origen político, llevaba algunos años en la actividad diplomática (30 años después lo encontraremos en un Gabinete de Jorge Alessandri). Los despachos de Bowers ahora transpiran la confianza de que se aproxima un cambio de política<sup>94</sup>. Por lo demás, el principal motor del "lobby" rupturista, Raúl Morales, permanecía como Ministro del Interior y luego desempeñaría un papel protagonista.

De hecho esta crisis se desató por la presión de los partidos de la coalición, el Radical principalmente, que ahora giraba a una posición sin compromisos en favor de la ruptura. Y el mecanismo provino de un elemento problemático de muchas democracias modernas: el permiso del partido para que uno de sus miembros ocupe un puesto en el Gabinete<sup>95</sup>. El día 23 de noviembre Ríos se dirige al país. En primer lugar sus palabras tienen por objeto afirmar la posición chilena, y psicológicamente hablando ello era necesario. Asegura que con la "no beligerancia" ya se apoya a EE.UU., y que no existen pactos secretos con otro país (Argentina). Pero en segundo lugar no podemos también dejar de leer sus líneas como preparación a un cambio de política. "Si la defensa de los principios que he enunciado exige la adopción de otras medidas, además de las que acabo de enumerar, estamos dispuestos a tomarlas y llegaremos hasta la ruptura de relaciones diplomáticas con los países del Eje si así lo aconsejan el interés del país y el interés del continente americano"<sup>96</sup>. El cambio de tono no puede conducir a dudas, ya que la ruptura no se relaciona con "hechos nuevos".

En diciembre el Presidente envió al Ministro Morales a una misión a EE.UU. Formalmente se trató de solicitar seguridades defensivas y ayuda económica para que Chile pudiera llevar a cabo la ruptura. Pero la respuesta de los norteamericanos fue un tanto despectiva, aunque protocolarmente fue muy bien tratado, ya que se entrevistó con Roosevelt, con lo que se ve la importancia que Washington concedía al caso. No nos queda más que concluir que este viaje sólo quiso dar un barniz de "negociación" a lo que a los ojos norteamericanos era innegociable<sup>97</sup>. La crisis de Gabinete de octubre ya había decidido las cosas, y sólo restaba un último empuje, quizás el autoconvencimiento de parte de Ríos, quizás la "elegancia" política para el Gobierno, pero nada sustantivo había salido, aunque Washington en este sentido supo ser dis-

---

<sup>94</sup> De Bowers a Hull, 23 de octubre de 1942; NA, 825.00/1772.

<sup>95</sup> Barros Jarpa, *op. cit.*, p. 85.

<sup>96</sup> *El Mercurio*, 24 de noviembre de 1942.

<sup>97</sup> Todos los detalles en *FRUS*, 1942, VI, pp. 38-46.

creto. De ahí que el problema no parece ser importante para nuestra investigación.

Sólo nos queda una pequeña consideración en torno a la misma ruptura. La "negociación", exitosa o no, no podía aparecer como una respuesta al país para el cambio de política. Ríos, con adecuado conocimiento de las reglas del juego del sistema político, efectúa un paso constitucionalmente innecesario, pero que lo ayuda en las circunstancias, de consultar al Senado. Esta consulta origina la votación del 19 de enero en sesión secreta, que ya hemos mencionado. El día 20 de enero Ríos se dirige al país para anunciar la ruptura. Se deben destacar algunos puntos de la declaración. Para el ambiente cargado de la época es digno y justo hacer notar que Ríos exprese que el acto no es un repudio "a los pueblos de Italia, de Alemania y de Japón", ya que mucho han contribuido a la vida del país<sup>98</sup>, y que los nacionales de esos países no sufrirían persecuciones. La medida misma la justifica en primer lugar como un deber moral emanado de las conferencias interamericanas. Hecho destacable, y que desmorona la tesis de su propia política exterior entre mayo y octubre de 1942, ya que no se han producido "hechos nuevos", aunque por cierto se adopte una actitud realista. En segundo lugar, Ríos reconoce por medio de un recurso a una explicación ética, el carácter particular de *esta* guerra, al menos en relación a la que tenían en la memoria los dirigentes chilenos, la Gran Guerra de 1914-1918. Hasta ese momento el Gobierno había actuado con un discurso relativamente similar al de entonces. Ahora, en cambio, Ríos plantea otro aspecto, por lo demás esencial. "La guerra actual, dice Ríos, por sus orígenes y naturaleza, reviste caracteres especialísimos (que exigen) una actitud que rompe los moldes tradicionales de las costumbres y prácticas de la convivencia internacional... lo que se halla en juego en el inmenso conflicto que nos ha tocado presenciar es el choque de ideologías y tendencias profundas que afectan las raíces y el fundamento mismo de la cultura moral de los pueblos y la estructura social y política de todo el orbe civilizado". La decisión chilena aparece en el discurso presidencial bajo la luz de lo que la guerra esencialmente fue, un fruto de una formulación ideológica de tipo totalitario del siglo XX. El asunto es que la alusión en Chile era una novedad en este género de lenguaje, y por ello aparece en discontinuidad con la tradición diplomática chilena. Pero hay otra nove-

<sup>98</sup> Lo que es anotado con tono de censura por Bowers; de Bowers a Hull, 20 de enero de 1943, *FRUS*, 1943, V, p. 803.

dad adicional. Ríos justifica la ruptura con la necesidad de "seguir siendo consecuentes con los acuerdos, y resoluciones de las Reuniones y Conferencias Interamericanas (y) no podemos negarnos a ese llamado fraternal..."<sup>99</sup>. Ambas realidades señaladas por Ríos tenían indudable gravitación. Pero ellas *parecen* ser percibidas sólo a partir de este momento. Lo que aquí se presenta en este reconocimiento no es asumir una nueva posición de Chile en el contexto interamericano como derivación de la guerra, ya que la ruptura no sucedió como consecuencia de "hechos nuevos". \* Lo que aquí tenemos es el abandono de las tesis sostenidas hasta ese momento, y con ello el abandono de una forma específicamente chilena de enfrentar al sistema internacional. La abdicación a ella era inevitable, pero no sucedió como una forma de encarar un reordenamiento internacional, sino como mera reacción carente de un enfoque creativo.

#### CONSIDERACIÓN FINAL

En el origen de la disputa, que apenas si nos atreveríamos a denominar "enfrentamiento", aparece un doble malentendido. Por una parte Chile creyó que con su disposición de cooperación económica y de seguridad (en términos generales), su alineamiento quedaba explícito y no requería de la ruptura de relaciones. La "no beligerancia" era suficiente. Pero también EE.UU., por el carácter de las conversaciones en los años anteriores, y por la aparente actitud de la delegación chilena en Río de Janeiro, creyó que Chile rompería apenas asumiera el poder el nuevo Presidente, Juan Antonio Ríos. Esta doble mala lectura de los mutuos propósitos ayudó a acentuar las divergencias durante 1942.

La lejanía geográfica, la mentalidad algo insular de la clase política chilena y las "lecciones de la historia", sobre todo de la historia de su estructuración fronteriza, ayudaría a configurar una visión legalista como base de la política exterior chilena. Tras la juridicidad de la doctrina de "respeto a los tratados" y su elevación a norma fundante (ciertamente por razones muy válidas), se encuentra *también* un sistema de valores *internalizados*, cuando no una ideología latente, que sirve como

---

<sup>99</sup> *El Mercurio*, 21 de enero de 1943.

\* Lo que hasta el momento se sostenía como condición *sine qua non* para romper relaciones.

autorrepresentación, tal cual lo hemos señalado en otra parte<sup>100</sup>. Esto ayuda a formar un funcionariado y un liderato en política internacional que al transformar en rutina esta doctrina le da un grado de autonomía que le permite perseverar frente a las tendencias cambiantes de los actores del sistema político y de la opinión pública. Naturalmente una situación como ésta puede ser tanto fuente de debilidad como de fortaleza. La creatividad de la clase política es el punto crucial.

Por otro lado, a pesar del intenso debate y de la "literatura sobre la guerra" que se da dentro de la opinión pública<sup>101</sup> y en el Congreso, es difícil ponderar su influencia en la decisión final; sería tentador afirmar que su participación fue nula. En junio de 1942 el Senado apoya casi por unanimidad la posición de neutralidad (que no olvidemos, sólo era formal, ya que otorgaba no beligerancia a EE.UU.); en enero de 1943 entrega un apoyo abrumador a la decisión de ruptura, sin que la composición del mismo haya cambiado en lo más mínimo. Es cierto que podemos conjeturar que se produjo una evolución de parecer. Se debe rememorar la emoción de la época de guerra durante la cual el tipo de relato y su recepción por parte del público estaban mucho más abiertos que en nuestros días a percibir su virtualidad mítica; hoy, en cambio, somos más mecánicos en el entusiasmo o rechazo. Esta sensibilidad de comienzos de los 40 ayudaría a explicar esta situación. Más bien nos atreveríamos a plantear que este debate otorgó cierta legitimidad a la ruptura, al proporcionarle un nuevo lenguaje que sirve para

---

<sup>100</sup> Joaquín Fernandois, "Chile y la 'cuestión cubana', 1959-1964", en *Historia* 17, 1982, pp. 113-200. Sobre este tema, y para la comparación con la "cuestión cubana", cfr. Lawrence Littwin, *op. cit.*

<sup>101</sup> Por "opinión pública" entendemos a actores individuales o colectivos que, a partir de la esfera de la sociedad civil, puedan plantear su posición ante la sociedad como un todo —ante un "público"—, de manera autónoma al Estado. Presupone la distinción, por lo tanto, de Estado y Sociedad. Una definición de este tipo establece entonces una diferencia con el concepto de "mentalidad colectiva, aunque la tendencia en las ciencias sociales es a identificar esta última con opinión pública. Sin embargo creemos que una definición más racional debe moverse entre los márgenes por nosotros señalados, sobre todo cuando se trata de la perspectiva historiográfica. Cfr. Jürgen Habermas, *Historia y Crítica de la Opinión Pública. La Transformación Estructural de la Vida Pública* (Barcelona, Gustavo Gili, 1981; original, Darmstadt, 1962). El traductor vertió en español la palabra alemana "Öffentlichkeit" por "opinión pública", creemos que correctamente. Con todo, el término alemán "lo público" tiene una connotación que se acerca más a nuestra idea. Habermas realiza una atrayente consideración histórica, pero no compartimos sus conclusiones. También cfr. James Bryce, "The Nature of Public Opinion", en Morris Janowitz, Paul Hirsch, eds., *Reader in Public Opinion and Mass Communication* (New York, The Free Press, 1981), pp. 3-9.

la estructuración del discurso ahora rupturista, para un Gobierno que ha debido cambiar su posición. En todo caso, lo interesante del debate radica en que consiste en una autorrepresentación de la clase política chilena.

La decisión parece concentrarse entonces en el Ejecutivo, que tradicionalmente ha gozado de gran autonomía para formular su política exterior. Aquí el entorno presidencial aparece decisivo para estudiar los canales que llevan a la ruptura. Ya hablamos del "lobby" rupturista (en donde quizás también habría que incluir al Embajador en Río, Gabriel González Videla). Este "lobby" fracasa en junio. Pero hasta donde nos damos cuenta, la voluntad que representa se esconde tras la crisis del Gabinete que provocó la renuncia de Barros Jarpa. Es interesante hacer notar que fue uno de los vicios de la democracia chilena el que participó en la reformulación de la política exterior, esto es, la anuencia partidista para la participación de sus miembros en el Gabinete. En todo caso, para el problema que nos interesa, este aspecto constituye la intervención más visible —y por cierto importantísima— del sistema político en el proceso de toma de decisión que lleva a la ruptura. Desgraciadamente hasta el momento carecemos de las fuentes para poder investigar mayormente este aspecto.

La Cancillería de Barros Jarpa aparece con una política definida. La de Joaquín Fernández, a pesar de sus aparentes vacilaciones, se percibe como una preparación para la ruptura. Pero en todo este juego falta un actor de primer orden, el Presidente de la República, Juan Antonio Ríos. Claro está que un Jefe de Estado debe mantenerse las opciones abiertas, y el "sacrificio" de sus ministros en caso de necesidad no tiene porqué constituir un acto cínico. Sin embargo, lo que aquí podemos entrever es la inacción e indecisión de Ríos, tan diferente a la fuerte personalidad que caracterizó a toda su carrera política, con sus altibajos en medio de una historia institucional cambiante y vulnerable, que fue en la que él se formó. En el plano internacional no fue un Presidente "impulsor" pero escasamente fue un Presidente "árbitro"<sup>102</sup>, o al menos no lo fue en un sentido activo. Ríos aparece como una pura reacción ante el suceder. También creemos ver aquí el problema de la insularidad de la clase política chilena, y su falta de expo-

---

<sup>102</sup> Para esta nomenclatura, que ayuda a entender la función en política exterior de la Presidencia de la República, cfr. Manfred Wilhelmy, "Política, Burocracia y Diplomacia en Chile", en Heraldo Muñoz, Joseph Tulchin, eds., *Entre la Autonomía y la Subordinación. Política Exterior de los Países Latinoamericanos*, (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984), pp. 61-88.

sición a circunstancias de "reto-respuesta" (en el sentido de Toynbee) ante situaciones que vayan más allá del equilibrio en el Cono Sur.

Ernesto Barros Jarpa emerge como un personaje notable, quien sabe imprimir una *personalidad* a la política exterior chilena. Su vinculación personal no entra en conflicto con lo que en ese momento se tiene por el interés nacional. Ya en 1935 lo había demostrado al renegociar la deuda externa chilena<sup>103</sup>. En 1942 era la genuina personificación de la tradición diplomática chilena y pudo, si hubiera perdurado, haber sentado las bases del encuentro de Chile con una nueva realidad en el sistema interamericano. El contraste de su personalidad con la del Embajador Rodolfo Michels no podría ser más nítido, aunque éste, que podría aparecer como un villano, haya seguramente creído en la necesidad y bondad de su posición.

El asunto es que en ese instante —1942— lo que hacía Barros Jarpa tenía poca relación con la realidad, la que consistía en la emergencia de un nuevo orden internacional, producto acelerado por una guerra "que no era como las otras". Esta situación le otorga un carácter particularmente enérgico a las presiones norteamericanas, diferentes del antiguo intervencionismo. Es ante esta situación que Chile no tiene una respuesta que le permita adaptarse creativamente, esto es, cambiar su postura clásica sin romper del todo con su propia tradición, lo que es la quintaesencia del arte de la perseverancia política. De esta manera Chile, con este acto traumático para su posición internacional en relación a las grandes potencias —repetimos, *no* en relación a lo que consideraba lo más fundamental, el statu quo de las fronteras—, queda sin una política ante ellas. Así su alineamiento de postguerra —como la crítica radical a ella, de tipo "antiimperialista"— refleja la carencia de esa personalidad política que le hubiera permitido una autonomía que no tenía necesariamente ni que renunciar a una solidaridad política con Occidente, ni a un enfoque autónomo frente a las democracias industrializadas y grandes potencias en general. Pero, pensamos, el modo de la ruptura dejó al liderato chileno desamparado psicológicamente para formular una política de este tipo en relación al sistema interamericano. Sólo lentamente se recuperaría la iniciativa (la historia un tanto casual de la CEPAL sería uno de esos testimonios), hasta retomar alguna senda a comienzos de la década de 1960<sup>104</sup>. Sin embargo, en los

<sup>103</sup> Parte de la documentación al respecto, en *ARREE*, vol. 1532.

<sup>104</sup> Esta ruptura puede ser contrastada con un paralelo similar, la ruptura con Cuba en 1964, a la cual precedió también una serie de presiones, pero mucho más difusas, de parte del sistema interamericano. También aquí Chile tuvo que

inicios de la década siguiente, con la grave crisis del sistema político, se pierden las bases internas para consolidarlo, y Chile cae en el escenario de una *cause célèbre*. Pero ya es otra historia.

Dijimos que a pesar de la casi total dependencia económica no habían huellas significativas de empleo de la presión económica para obligar a la ruptura. Parecen haber primado las consideraciones estratégicas y la ética anglosajona de parte de Washington (y evidentemente el estado de ánimo de la época de guerra). Tampoco existen huellas de una coordinación de Chile con Argentina, a pesar de las acusaciones de la época. Pero el Gobierno norteamericano tenía las cosas claras al respecto. Chile prestaba desde antes de Pearl Harbor la ayuda militar y económica que EE.UU. podía necesitar de parte del país austral. Una ruptura era en este sentido irrelevante. Pero una consideración como ésta es asimismo irrelevante.

Creemos, para terminar, que la ponderación de todo este problema ofrece alguna posibilidad de comprensión si volvemos al principio de este trabajo: *guerra y hegemonía*. A nadie puede ofrecer duda alguna que a comienzos de la década de 1940 EE.UU. ejercía una total "hegemonía"<sup>105</sup> sobre el continente americano, y que las condiciones de la guerra mundial no lo obligaban a dar cuenta a una "opinión pública mundial" ni a las potencias extracontinentales. Sin embargo, es según este contexto como se debe meditar acerca del carácter de los vínculos de Chile con EE.UU. y del factor de la "dependencia". La interdependencia estatal junto a la capacidad de autonomía potencial de gran parte de los sistemas políticos se nos presenta como la marca más sobresaliente del sistema internacional contemporáneo. Este carácter ya se prefiguraba hace 50 años.

Sin embargo, las nuevas formulaciones ideológicas del siglo XX empujaron al mundo a fines de la década de 1930 a un conflicto en donde desaparecieron las bases de autonomía de los Estados débiles, y con ello las bases del derecho internacional y del mercado mundial. La hegemonía adquirió un carácter imperial que en algunos casos (como

---

ceder, pero lo efectuó de manera tal que su acto mostró una lógica con la tradición diplomática. Cfr. Ferandois y Littwin, *op. cit.*

<sup>105</sup> Para el concepto de hegemonía, un clásico fundamental es Heinrich Triepel, *Die Hegemonie. Ein Buch von führenden Staaten* (Stuttgart, Kohlhammer, 1961; original, 1938). También R.B.J. Walker, "East Wind, West Wind: Civilizations, Hegemonies, and World Orders", y "World Politics and Western Reason: Universalism Pluralism, Hegemony", en R.B.J. Walker, ed., *Culture, Ideology and World Order* (Boulder, Londres, Westview Press, 1984), pp. 2-22, 182-216, respectivamente.

el avance japonés en China, o los lugares-símbolos de Auschwitz y Katyn) adquirió el propósito desembozado de exterminio. Es a la luz de estos espacios hegemonzados que debemos pensar el lugar de Chile en el sistema interamericano, y entonces asombrarnos de su autonomía. Una respuesta a este hecho pudiera hallarse en la distancia geográfica. Pero no basta.

Chile y Argentina gozaron de las restricciones autoimpuestas de un sistema político como el norteamericano, que le marca determinados límites a su hegemonía, aunque ello pudiese aparecer paradójico. Sin embargo, el sentido de la urgencia expresado por Washington también le imponía límites a su propia autorrestricción, de ahí que los norteamericanos no puedan ver a su vez la dinámica del sistema político chileno. Es en esta encrucijada donde la creatividad de la clase política chilena merece un juicio crítico. Pero la historia americana le ha proporcionado un valioso entorno para ejercer la facultad de la autonomía. Al menos ésta parece ser la "lección" de la presente historia.